

EDICIONES LITERARIAS MONTAÑESAS

V

J. M. GUTIÉRREZ-CALDERÓN  
DE PEREDA

SANTANDER  
FIN DE SIGLO



1935

SANTANDER

VOLÚMENES PUBLICADOS POR «EDI-  
CIONES LITERARIAS MONTAÑESAS»

I.—Manuel Llano.—RABEL. (Leyendas.)

II.—Francisco Cubría Sainz.—EL PLEI-  
TO DE LA PERRA GORDA. (Novela al-  
deana.)

III.—Ignacio Romero Raizábal.—CAN-  
CIONERO DE LA NOVIA FORMAL.

IV.—CUENTOS DE AUTORES MON-  
TAÑESES FALLECIDOS. (Tomo I.)

EDICIONES LITERARIAS MONTAÑESAS

V

**SANTANDER  
FIN DE SIGLO**

POR

**J. M. Gutiérrez-Calderón de Pereda**

**Prólogo de Vicente de Pereda**



Diez y siete artísticas ilustraciones  
de E. Cortiguera.

Cuatro páginas de música.



1935

---

SANTANDER



## PRÓLOGO

*H*ace muchos años, sucedió lo siguiente: el novelista José María de Pereda, tenía un primo carnal llamado Domingo de las Cuevas, natural de Comillas y morador constante de la lindísima villa montañesa. Cuevas era un hombre de verdadero ingenio en su conversación, particularmente al imitar los diálogos y maneras típicas de nuestra provincia, y al cumplir los sesenta años, comenzó a publicar artículos «comillanos» en los periódicos de Santander. Entonces, su primo Pereda, le dijo: —¡Ay, Mingo, así se empieza! Acabarás escribiendo un libro... Efectivamente, poco después del vaticinio, Cuevas escribió un libro y el propio Pereda le puso un prólogo.

¡Ved cómo se repite el suceso, medio siglo después! Pereda tuvo un hijo que cultiva el huerto literario de la familia—me refiero a

*mí, naturalmente—con la única diferencia de que el padre obtenía frutos espléndidos y el hijo logra, de tarde en tarde, algún respingo de las hortalizas. Pero yo tengo otro primo carnal que se llama José María Gutiérrez-Calderón, que empezó a publicar artículos «santanderinos» en una edad no muy lejana de la que tenía en su lanzamiento nuestro tío Domingo de las Cuevas. Y cuando Gutiérrez-Calderón publicó varios de sus cuadros, yo le emplacé diciéndole: —¡Ay, José María, así se empieza! Acabarás escribiendo un libro... Y hace poco tiempo, me escribió diciéndome que, en efecto, le publicaba, y pidiéndome un prólogo!*

*Es, para los dos, algo estremecedor este episodio «paralelo». Sin embargo, es más estremecedor para mí. Yo no voy a comparar a Cuevas con su sobrino Gutiérrez-Calderón, porque—aunque acaso nivelen ambos la balanza—no me corresponde semejante estudio entre parientes. En cambio, ¡vaya una diferencia de prologuista!... mas esto no tiene remedio y cada uno se las arregla como puede. El autor de SANTANDER FIN DE SIGLO quiere hacer las cosas en familia y, en la familia (al menos por ahora), no tene-*

*mos otra pluma de cierto carácter más que la mía. ¡Mal andamos los del linaje en estos tiempos de crisis internacionales!*

*José María Gutiérrez-Calderón, es un escritor sin saberlo. Siempre pudo en él, con fuerza indomitable, la visión cómica de las personas y las cosas y toda la vida estuvo enriqueciendo su inofensiva galería de «tipos». Le encanta la conversación con amigos comentaristas y (fuera de la crítica insana, a la que nunca autorizó) le gusta la evocación hablada y pintoresca de sus recuerdos de otro tiempo, y el diálogo curioso y perspicaz con «ejemplares» característicos. De este ejercicio, sostenido y perfeccionado, nacieron sus intentos de escribir lo que tantas veces describió con la palabra, y de tales escritos, ha nacido la correspondiente y automática idea de «reunir en un tomo los artículos sueltos». Resultando, en fin, la veta de familia que nos alcanza—buena o mala—a varios de los que nacimos, vivimos y gozamos entre Santander, Polanco y Requejada.*

*José María Gutiérrez-Calderón y yo, tenemos, además, otro vínculo especialísimo. Es él, padrino mío. Por cierto que, cuando lo fué, era un rapaz de pocos años y tenía un*



pie con torcedura, por lo cual me sostuvo frente a la pila con muy serias dificultades... Todo esto lo traigo a cuento porque entre los dos—y aparte de los afectos familiares—hay una compenetración de puntos de vista y una coincidencia en las luces, que nos hacen pasar largas horas en charla panorámica. Charla eslabonada con una suma tal de sucesos íntimos, de dolores fraternos y de goces de hogar, que me impiden hacer de crítico enérgico.

Los cuadros de Gutiérrez-Calderón, no resultan literarios en el sentido que se da a esta palabra. Son como noticias escritas a un amigo, con el estilo de un señor que escribe bien. Son hojas de un epistolario que se halla entre los papeles de una casa. Libro de mucha luz interna y de pocas pretensiones exteriores. Detenimiento en cosas minúsculas que hacen sonreír por lo pintorescamente que están dichas, pero que guardan en su gracia, esa identidad misteriosa (manantial de filósofos) entre el universo y la gota de agua. Sigue el autor el consejo de Cicerón de que hay que penetrar en lo íntimo de las cosas y observar pacientemente lo que su naturaleza nos exige. No cabe duda de que hay en

el mundo muchas personas de sencillez inalterable y hasta de total desapercibimiento, que llevan en su alma un pequeño universo de matices y juicios completos. Pero la mayoría de estas personas mueren sin haber dicho una sola palabra sobre sus caudales y una mínima parte, dice algo como despedida cariñosa. Entre los últimos, se dan revelaciones como la de Enrique Federico Amiel en su «Diario», y se dan casos de arte primaria y clara, como crepúsculos vespertinos de una conciencia limpia... He aquí el remanso estético en el que acaba de aparecerse José María Gutiérrez-Calderón, engrosando el ejército de los escritores montañeses de escuela inconfundible.

No hay en aquél ni asomos de «argumento» más o menos emocionador o analítico. No hay más que miradas convertidas en historia o historia hecha con miradas. Se ha pasado la vida «oyéndose vivir», como Montaigne, y sucede que, esta clase de temperamentos, producen con arreglo al diámetro de su vista. Es un fenómeno de óptica mental que no tiene modificaciones posibles. Gutiérrez-Calderón no se esfuerza por ver un milímetro más allá de su alcance legítimo, con lo que



resulta—para él y para todos los que se conduzcan en esta forma—que no pueden escribir nunca de manera incierta y falsa. Tienen la ventaja de quedar siempre bien, porque no aparecen más que como son. Virtud poco usada en la vieja república de las letras.

El autor de SANTANDER FIN DE SIGLO es un hombre de buen ánimo al que no preocupan las indiferencias del público. Lo mismo que hace con su vida en punto a los destinos eternos, eso hace con sus pinceladas. Las entrega al aire de los tiempos y las deja que se las gobiernen ellas solas. Si se aprecian, bueno, y si se quedan en los espacios aguardando a que «vuelvan las aguas por donde deben ir», lo mismo tiene. Escribe porque lo necesita su temperamento, y es una verdad casi eterna que, en esto de las creaciones artísticas, lo primero es la satisfacción íntima del autor, pues lo demás «se nos dará por añadidura».

En el cuadro titulado «Las Cestas», hay un lance final que acredita a Gutiérrez-Calderón de humorista fino y sagacísimo. El viejo cochero que le sirve como tipo central, llega de vuelta y de noche a Santander, con

su «cesta» remendada y con más ataduras que un patache. El cochero, alcohólico perenne, se hace un lío entre las calles y las luces de la ciudad y mete la «cesta» en la plaza de la Libertad. Al darse cuenta del disparate, intenta salir del laberinto, pero tropieza en todos los bancos y remates de la plaza y se pasa un sin fin de tiempo dando vueltas como un energúmeno... hasta que sale como puede.

No voy a analizar cuadro por cuadro y salgo de mi plaza de introductor sin «cesta», pero convencido de que, mi apadrinamiento, es un honor para quien—con evidente paradoja—, es padrino y ahijado a la vez.

Leed y ya veréis si es que tengo razón. Entendiendo que, esta creencia mía, no es vanidad de familia, sino el juicio auténtico y desapasionado de un lector que os advierte de algo bueno que nos acabamos de encontrar por el camino de la gracia sensata y de las artes nobles.

VICENTE DE PEREDA.



## LAS «CESTAS»

**H**ABLEMOS un poco de aquellos carruajes que durante algunos años rodaron en número considerable por las calles de Santander, que tuvieron como todo su época, que es a la que voy a referirme, y que se llamaron «cestas»; nombre que seguramente les venía de que toda la defensa exterior que rodeaba los dos asientos imitaba un tejido de mimbre, formado por unas varillas de hierro pintadas casi siempre de color amarillo claro. Téngase en cuenta que hablo de las «cestas» de alquiler, no de las particulares.

Eran coches de construcción muy ligera, con cabida para cuatro personas en el interior más otras dos en el pescante, forrados y mal tapizados respaldos y asientos, de dril o cretona, deslucidos y apelmazados

por todas partes. En el suelo un trozo de alfombra, o un felpudo, o las tablas del fondo. No tenían portezuelas. Llevaban una toldilla sostenida por cuatro barras y cubierta de cuero con cuatro cortinillas de gutapercha enrolladas arriba, o sueltas tapando los cuatro costados, cuando la lluvia o el frío lo exigiesen. De los dos faroles que debían tener, uno a cada lado del pescante, generalmente faltaba uno de ellos y el otro, no siempre se encontraba en buen estado, sino torcido, con abolladuras, cristales rajados y sucios, despintado y sin dar apenas luz, ya que no tenía más que un cabo de vela, que al poco tiempo de encenderle se había consumido.

Todos los caballos eran buenos para las «cestas»; mejor dicho, eran buenos para ellas todos los malos de otros coches. El color era lo de menos, la alzada y sanidad no importaban y así se veía en cada tronco un caballo grande y otro pequeño, uno negro con otro blanco, uno cojo de la pata derecha con otro que lo era de la mano izquierda. Algunas veces, los dos caballos que tiraban de la «cesta» llevaban distinto paso; si el uno marchaba al trote, el otro iba al

galope. Contrastes de la vida todo ello. Las guarniciones eran de las llamadas a la calesera. Tenían los collerones mullida de bayeta amarilla y los tirantes eran de cuerda.

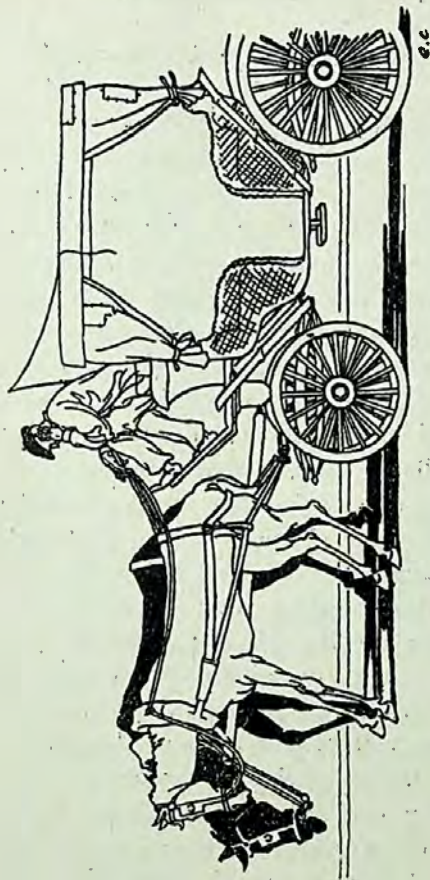
El cochero nada tenía de particular. Las edades de éstos variaban entre veinte y sesenta y cinco años, vestían una blusa gris claro hasta más abajo de la cintura, boina azul y el resto como los demás mortales. Se sentaban en el pescante sobre una manta doblada.

Las «cestas» eran incómodas; el respaldo no alcanzaba a la mitad de la altura de la espalda de quienes iban en el coche y tenían mal movimiento. Con frecuencia había que «alpargar» el torno, operación que consistía en colocar una alpargata vieja en cada una de las dos planchuelas de aquél para contener, con el roce de la rueda en la suela de la alpargata, la marcha de las dos ruedas traseras a la bajada de las cuestas, si el torno, por gastado, no las contenía como era debido; y así con todos estos peligros y muchos más, rodaban por calles y carreteras.

Los días de toros, ferias, romerías o mucha concurrencia en el Sardinero, era la



locura de las «cestas». Los cocheros, por hacer más viajes y subir las cuestas más de prisa, ya que así el mal camino pasaba pronto, empuñaban la vara del látigo por su parte más delgada y descargaban sobre los escurridos caballos, lo que se llamaba una buena «mano de leña», quedando en sus lomos, cubiertos de sudor y polvo, tantas marcas de la vara como verdascasos recibían; y tal velocidad adquirirían las infelices víctimas en sus galopes, que aquel castillo de naipes, conocido con el nombre de «cesta», triscaba y se tambaleaba en los baches en que se metía, que no eran pocos, brincaba y algunas veces vacilaba expuesta en todo momento a romperse haciéndose añicos, al menor tropezón, con la carga humana que conducía, envuelta, además, en la nube de polvo que se levantaba en todos los caminos que recorría. Si había grava en la carretera, que por falta de apisonadora, quedaba suelta, y la «cesta» se atascaba, se aplicaba otra nueva paliza a los extenuados potros, con la cual, o salían del atolladero como podían o echaban allí las asaduras. ¡Cuántas veces vimos, en esas carreras caerse un caballo, o los dos, romperse un tirante o la lanza o hacerse dos



...aquel castillo de naipes conocido con el nombre de «cesta»...

pedazos una rueda y quedar entornado el coche!

El espectáculo de una «cesta» con avería, entornada a un lado del camino, el cochero arreglando lo averiado o componiendo la pata de un caballo, era muy frecuente. Sogas, cuerdas y hojalatas roñosas además de algún clavo tan roñoso como la hojalata, eran las únicas piezas de recambio de que se disponía, que lo mismo servían para arreglar el coche que las guarniciones o los caballos. Si lo averiado exigía clavar, a falta de martillo se echaba mano de una piedra del suelo, que no faltaban en aquel tiempo, y desempeñaba el mismo oficio; y mientras la reparación se hacía, los pobres jamelgos extenuados, rendidos, con sus cuellos estirados en dirección del suelo, eran la reproducción exacta de «Rocinante» después de la aventura de los molinos de viento.

Las «cestas» hacían a todo. A ellas iban a parar las alegrías y los pesares.

Acogían cariñosas a los niños que iban camino de la parroquia a recibir las aguas bautismales y cuando, terminada la ceremonia, al salir de la iglesia la comitiva, los chiquillos gritaban «¡Peelón, peelón!», el pa-

drino desde la «cesta», les lanzaba caramelos y almendras. Los novios y el acompañamiento de las bodas, iban en «cestas» y tras los entierros no faltaban las «cestas». En «cestas» iban los toreros con sus trajes de luces a la plaza y en los tiempos en que «volcaban» en Santander sus pasajeros los vapores de Cuba, las «cestas» eran las que conducían a los amarillentos «agapitos», vestidos con sus guayaberas y «jipis», entre baúles, maletas y envoltorios. El día de Todos los Santos, en las «cestas» llevaban a Ciriego lo necesario para el arreglo de sepulturas. Ellas conducían enfermos y heridos al hospital; presos desde la cárcel a la Audiencia, y viceversa, viajeros a las estaciones, veraneantes a las playas y, por fin, a los juerguistas que acompañados de una bota de vino y una guitarra, cantaban y palmoteaban cuanto podían. Si éstos eran cinco individuos, en lugar de cuatro que cabían en el coche, mejor, más entretenido, sobre todo si la «cesta» se rompía con el peso. Lo principal era divertirse y sacarla el jugo. En fin, que muchas veces la «cesta» era la alegría del vivir; podía parodiarse la copla de la jota de «La Bruja», zarzuela que



tanta popularidad adquirió y tanto nombre dió a su autor, el maestro Chapí:

La «cesta» es alegre o triste  
Según está quien va en ella.

Por todo esto, eran vehículos algo desprestigiados, pero no había otros y a ellos había que someterse.

Llegó un día en el que se dividieron en dos bandos los dueños de las «cestas». Uno de los bandos tenía por nombre «La Unión», el otro «La Santanderina», y llevaban como distintivo, el primero una banderita española en la toldilla, en su parte delantera, y el segundo la matrícula del puerto de Santander. Al parecer, aquello había comenzado por una «guerra de tarifas» y luego se había extendido a la competencia en las velocidades, con los peligros consiguientes; con coches destartalados, y caballos moribundos puestos a ver quien corría más, no era para prometérselas muy felices.

Las «cestas» desaparecieron y casi ha desaparecido hasta su recuerdo sin habérselas hecho el menor homenaje, que bien merecido le tenían. Algunas veces, cuando he pasado por cocheras de carruajes de alqui-

ler, he visto, en su fondo, arrinconada, en lo más oscuro alguna «cesta» incompleta sirviendo de albergadero a las gallinas. Acaso algún día, el último que vió la luz, volvió destrozada a la cochera y no salió más. He pensado que no era el peor destino, pero es posible fuese el único, que se podía dar a una «cesta» para terminar sus días. Vendida de deshecho poco darían por ella; trozos de madera podrida o apolillada, ruedas, lanza y un poco más. ¿Hierro? Los ejes, el pescante, el armazón, cuatro barras de la toldilla y pare usted de contar. ¿Valdría todo ello veinte pesetas? Probablemente no... pues para esto dejarla para disfrute de las gallinas y concluir así tranquilamente su existencia.

Terminemos. Al caer de una tarde en el Sardinero, a una «cesta» fuí yo también a parar; nada menos que a la del famoso «Milagros».

—Vamos a Santander—le dije. Y caminando a paso lento me trajo a la población, pero no pude enterarme si «Milagros» venía dormido o despierto en el pescante. Lo cierto es que, después de bajar Moctezuma y atravesar Velasco, se metió por la Plaza

de la Libertad hasta el centro de la misma.

—¡Pero hombre, «Milagros»! ¿Adónde vamos?—le grité—. Paró el coche y me contestó:

—Señorito, usted dispense, venía distraído—. Y comenzó a dar vueltas y más vueltas por la Plazuela sin dar con la salida. Por todas partes topábamos con árboles o con bancos. Por fin la encontró y pudimos librarnos del laberinto en que nos habíamos metido, con la suerte para «Milagros» de que ningún guardia municipal nos hubiese visto pasear por tales lugares en coche, a pesar de que la escena no pasó inadvertida para quienes por allí andaban.

\* \* \*

Uno de los pocos ejemplares que existen de «cestas» estaba no ha mucho tiempo dedicado al servicio de viajeros entre la estación del ferrocarril y un hotel en un pueblo de esta provincia donde radica un importante balneario de aguas medicinales. ¡Cómo estaba! Estropeada, con un solo caballo, desaparecido el compañero que no se había respuesto; el cochero agobiado por el

peso de los años. Vestía una blusa larga y gorra de visera, inclinado, del lado izquierdo igual que el encorvado látigo que llevaba y acaso por darse importancia, su dueño, había colocado una placa de zinc en cada entrada del coche que decía «Hotel N.»...





## LOS «CORCONERAS»

HARÁ poco más de cincuenta años. El Astillero de Guarnizo era un pintoresco pueblo formado en su mayor parte por gentes que reunían la doble condición de pescadoras y labradoras, tan frecuente en pueblecitos costeros. Buen número de familias madrileñas y santanderinas que pasaban allá el verano, en casas de campo, propias unas y alquiladas otras, formaban una creciente colonia atraídas por la simpatía que el pueblo les inspiraba. Eran estas familias las de los marqueses de Hinojares, condes de Plasencia, banquero don Joaquín López Dóriga, ex ministro Salaverría, periodistas Vildósola y don Valentín Gómez, Marañón, Tijero, Revilla, Campos Guereta, Sarabia, Hornedo, Aguirre, Colomer, Mac Lenan, Huidobro, La Hoz, Jiménez y tantas otras.

El Astillero sostenía su comunicación por mar con Santander, valiéndose de lanchas de pesca con tripulaciones de dicho pueblo. Eran como las llamadas de altura, de bastante resistencia, abiertas. Tenían en la popa una toldilla de tela encerada que algunos de buen humor llamaban «berlina», por ser el sitio de preferencia.

En el espacio que los remeros dejaban libre se acurrucaba el resto del pasaje, mujeres en su mayor parte que habían venido a la ciudad para vender la pesca de «arrastre», lograda por sus familiares durante la noche anterior.

Venían las lanchas a vela o remo según el tiempo que hiciese y duraba el viaje, en el caso más favorable, con Nordeste fresco y marea montante más de tres cuartos de hora. En verano, a remo, se tardaba mucho más y dicho se está que con viento del Sur suspendían los viajes, y los que habían venido en ellas, volvían a sus casas en el ferrocarril del Norte, o por carretera, en coche, o andando, aprovechado este último procedimiento por las mujeres que en la mañana habían venido a vender el pescado a Santander y por la tarde volvían al As-

tillero con los cestos vacíos, aunque con algunos panes llamados «civiles» de los que iban dando cuenta en el camino por aquello de que «tripas llevan pies», y llegaban bien mermados a casa.

No sé cuando comenzarían sus servicios estas lanchas, pero en 1860 ya le había con Pedreña y Puntal. Salían seis embarcaciones diarias en verano y cuatro en invierno, a las mismas horas de dichos pueblos que de Santander. Las que hacían el servicio del Astillero eran cuatro en verano y dos en invierno. Costaba el pasaje un real.

El Astillero buscaba expansionarse y venir a Santander por la bahía con más comodidad y más directamente que por carretera o por el ferrocarril del Norte. Nace así la idea de sustituir las lanchas por vaporcitos y se constituye para ello por los años 1874 al 76 una sociedad de la que forman parte don Joaquín Bolado, como mayor accionista, que poco después cede sus acciones a don Juan Gutiérrez Colomer y este con el ingeniero don Felipe Sánchez Díaz y la cooperación de los accionistas don Tomás Tijero, del Astillero, marqués de Robrero, don Leopoldo Pardo García, don José



María Aguirre, don Alberto Gutiérrez Vélez y don José Pérez Carral, de Torrelavega, comienzan la adquisición de vapores, y es el primero el «Matilde», vaporcito de recreo de don Eduardo López Dóriga, que reformado se convierte en el «Corconera número 1». Luego se construyen en Nantes los números dos y tres y se construye el número siete en 1883 en los talleres de San Martín, de los señores de López Dóriga y así hasta el número ocho, pero no todos en movimiento a la vez. Eran de hélice, excepto el número cuatro que era de ruedas y de calado muy reducido, y que hacía el recorrido a Pedreña.

La empresa de los «Corconeras», cuyo fin era proporcionar un beneficio al Astillero más que el negocio particular, fué comprando casi todas las lanchas y llevando a sus patrones a serlo de los «Corconeras» y así emplea gente marinera práctica de buena reputación y entran a su servicio Sierra, para el vapor de Pedreña, Segundo Coterillo, y más tarde Gregorio del Castillo, patrón a su muerte del remolcador «Cuco», y Vicente Madariaga, llamado Vicentón por

su corpulencia y hombría de bien, práctico del puerto al dejar los «Corconeras».

Eran estos vapores de corte airoso, y obra muerta parecida a los vapores ingleses, dedicados a la navegación fluvial en aquella época. Su estructura superior se caracterizaba por una toldilla corrida del castillo a popa, y bajo esta cubierta se encontraba, a popa del departamento de máquinas, un sollado que hacía las veces de cámara de segunda clase, y a proa una camareta bastante confortable, destinada al pasaje de primera. Dos cintones desde el branque al coronamiento de popa defendían el casco al nivel de la cubierta principal. A las dos bandas pintadas de blanco, había unas conchas a la altura de los ventanillos circulares que daban luz a las cámaras. La chimenea colocada en el centro del vapor era alta y amarilla con tope negro. En el castillete de proa un molinete para virar el ancla y durante el verano un toldo ponía a los pasajeros a cubierto del sol. Cada uno de los vapores mayores podía transportar entre cámaras y cubierta unos doscientos pasajeros. Se llamaban «Corconeras» por ser éste el nombre de un ánade de color negruzco



que abunda en las costas del mar Cantábrico.

Tenían su muelle particular cómodo y bien construído, frente a las casas números dieciséis y diecisiete del Muelle de Calderón. Era saliente, de poca anchura, de madera, con barandilla a sus dos lados; avanzaba hacia la bahía hasta llegar a sitio que no quedaba en seco a la bajamar y terminaba en una rampa articulada, de bajada a un lanchón, cubierta de madera su parte superior, que servía de embarcadero y flotaba a la misma altura del vapor que a él atracaba. A la entrada del muelle había una caseta para despacho de billetes y sala de espera.

Su recorrido principal era al Astillero, que se prolongó luego hasta El Cespedón; otro era a Pedreña y un tercero durante el verano a la playa de la Magdalena, en donde estaba abierta al público la galería de baños de los señores de Quintana.

Estos vapores fueron de gran utilidad a la población, que se puso en comunicación fácil con otros pueblos a los que transportaban numerosos pasajeros, especialmente en verano. Hay que tener en cuenta que adole-

cían de inconvenientes irremediables; los temporales y vientos fuertes del Sur dificultaban su marcha, y las nieblas en ocasiones les detuvieron durante horas en la bahía. Véase lo que una vez ocurrió.

A las siete de una tarde de agosto salieron del Astillero en un «Corconera» varios pasajeros para venir a Santander. En la travesía, se vieron envueltos en espesa niebla y fué preciso que el vapor se detuviese, en espera de que la niebla desapareciera, pero la detención fué larga y los pasajeros estuvieron la noche sobre cubierta con la ropa húmeda y sin entrar en la cámara por haber en ella algunos niños de pecho que producían las consiguientes molestias. Venían en el vapor la Franco de Salas, famosa tiple de zarzuela, y su esposo, cuya compañía actuaba en el Teatro de la calle del Arcillero. A Salas, hombre bien forrado de carnes, le importaba poco lo que ocurría; durmió a su placer y roncó fuerte sobre cubierta como si estuviese acostado en buenos colchones. Al fin, llegó el día y después de haber perdido algunos pasajeros el baile del Casino, de haberse pasado diecisiete horas en la bahía rodeados de niebla, con la



ropa húmeda, sin cenar y sin desayunarse, a las doce del día siguiente atracaba el «Corconera» al muelle de Santander sin más contratiempos, y los relatados, afortunadamente, ocurrían pocas veces.

Los «Corconeras» estuvieron siempre dispuestos a cualquier servicio que pudiesen desempeñar. En los tristes días que siguieron a la explosión del vapor «Cabo Machichaco», don Enrique Gutiérrez Colomer se ofrece a transportar en ellos las cajas de dinamita extraídas del vapor sin querer comprometer a sus dotaciones; otras las hubiesen sustituido en aquel trance, pero enteradas aquellas, todo el personal, desde Madariaga hasta el último grumete, se ofrece como uno solo a prestar su caritativa labor y así lo hacen poniendo en peligro sus vidas, sin aspirar a otra recompensa que la satisfacción del cumplimiento de su deber.

Contribuyen al mejor éxito de las fiestas en los pueblos que visitan, a los que llevan abundante pasaje, a romerías al Astillero, a Pedreña, y a la Virgen de Latas el 8 de septiembre; pero cuando se destacan más en las fiestas es el domingo 7 de agosto de 1881, por la noche, en que se celebra una

velada marítima con motivo de la salida de los Reyes don Alfonso XII y doña María Cristina para el Ferrol. Buen número de lanchas y botes con farolillos a la veneciana acuden a la fiesta. Los «Corconeras» toman parte principal iluminados con faroles de colores, conduciendo numeroso pasaje dispuesto a presenciar la velada y simulan un combate naval, en que los proyectiles eran cohetes y bengalas disparadas en abundancia de uno a otro vapor demostrando lo que estos festejos podían dar de sí en nuestra bahía. A las doce de la noche, terminada la velada salieron los reyes en la corbeta de guerra «Tornado» escoltada por otros buques.

El 12 de septiembre, a las diez y cuarto de la mañana, vuelven a embarcar los reyes para Santoña en la «Tornado», que marcha seguida de las goletas «Ligera» y «Concordia». El Ayuntamiento y comisiones les acompañaron en el «Corconera número 4» hasta pasar la barra.

El año siguiente, 1882, el 28 de julio, hay otra velada marítima: en la primera parte, fuegos artificiales en la machina de la Monja y en la segunda, los «Corconeras» iluminados



con bengalas, hacen evoluciones y disparan abundantes cohetes y luces de colores tiro-teándose con un castillo iluminado en la machina.

Otra de sus notas simpáticas fueron las excursiones al río Cubas en las mareas altas; ocupaban los excursionistas uno de los vapores que después de atravesar la bahía remontaba lentamente el río por aquellos parajes de vigorosa y primitiva vegetación en algunos sitios, navegando entre tupido ramaje. Así se llegaba a un bosque, talado hoy, en el que se desembarcaba y se tomaba un tente en pié. En una mesa cubierta por blanquísimo mantel, se vendían algunas golosinas y panecillos, amén de otras cosas y riquísima agua, provisiones que unidas a las que se llevaban constituían una ligera merienda. El bosque fresco, con luz tibia, la mesa con su mantel blanco, grupos que se sentaban en el suelo a falta de sillas y otros paseando, era espectáculo poco visto. Pasado el tiempo, el «Corconera» pitaba, era preciso levantar los manteles y tomar sitio sobre cubierta.

Una banda militar amenizó una de las jiras cuando se había estrenado la zarzuela

«Cádiz», de los maestros Chueca y Valverde, reproducción de episodios del año 1810, tocando repetidas veces la polka de los militares ingleses y damiselas gaditanas. Los dos «Corconeras» que formaban tan agradable expedición habían navegado emparejados paseando al atardecer, a poca máquina por la bahía y regresábamos encendidas ya las luces, prolongando lo posible la jira sin que se despegase de nuestros oídos tal polka que comenzaba «*Miss lord, miss lord*» y que tan popular se hizo.

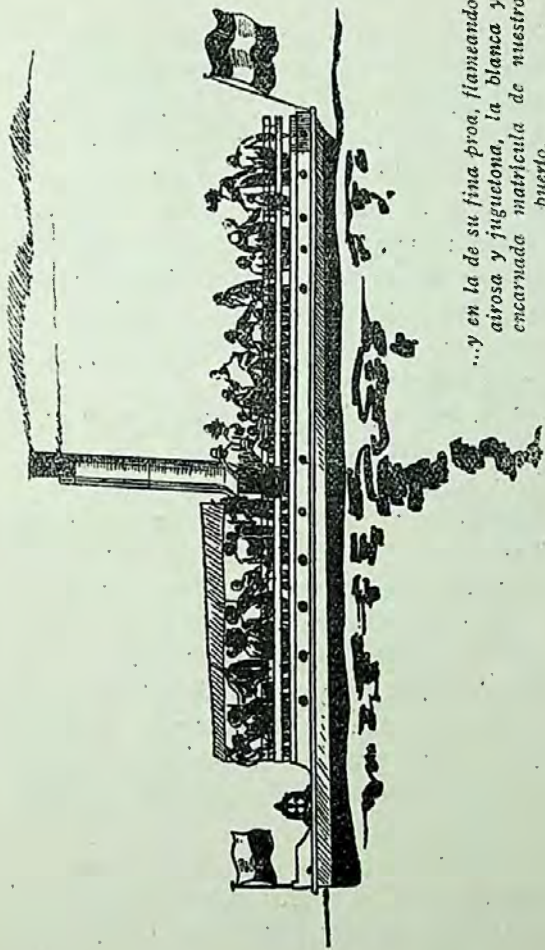
Las jiras fueron perfeccionándose y en ellas estuvieron presentes «vivitos y coleando» algunos de los personajes que mueve Pereda en el capítulo «La jira elegante» de su novela «Nubes de estío», en la que quedaron inmortalizados personajes y escenario: «Pancho Vila» (Federico de Vial) «con su puro sempiterno enarbolado en la pipa y su continente impasible», «Juanito Romero» (Pepe Zumelzu), «regordete, bajo, barba y pelo negro y en los ojos un ligero extra-bismo, convergente, con lo cual y una sonrisa que le retozaba en los labios, tomaba su cara una expresión que resultaba agradable», «Fabio López» (don Sinforoso Quin-



tanilla) «con su puro entre los dientes, media oreja debajo del apabullado calabrés, su garrote, de acebo del país, sus zapatos amarillos, su *levisac* de carteras»; uno de sus sobrinos «Juan Fernández» (José María Quintanilla que en sus trabajos literarios firmaba «Pedro Sánchez») «encarnación palmaria de la alegría, descuidado y bullicioso... escribía mucho y con frecuencia y con ser tan hablador, aún corría más su pluma que su palabra», y «el segundo sobrino suyo» (Antonio de Mazarrasa), «el *sportman* platónico, muy soplado de *smoking* y cuellos de pajarita»... Todos bien conocidos en Santander.

A los «Corconeras» les llama Pereda «Pitorras» (ave de mar); al río Cubas, «Pipas»; a Pedreña, «Pedretas». Supone hecha la jira en el «Corconera número 4», el de ruedas, y dice que «lanzaba a borbotones el humo por la chimenea, como si despilfarrara el carbón en honra de tanta fiesta; y a la sombra de los toldos, sino nuevos, lavaditos y estirados bullían los elegidos en pintoresco desorden, tremolando las gasas de los sombrerillos de las damas al impulso de la ventolina que soplaba...»

«Puesto en franquía ya,—añade—y dado



...y en la de su fina proa, flameando  
airosa y juguetona, la blanca y  
encarnada matricula de nuestro  
puerto.

el «*javante!*» por el patrón encaramado en el puente y con ambas manos en la rueda comenzaron a palparle al barco todas las entrañas, y las paletas de sus ruedas exteriores a batir y remover el agua...»

En una de esas tardes visitamos un trasatlántico amarrado a la «boya de los correos», acaso el «Reina Mercedes» mandado por nuestro paisano don José Venero, tan buen marino como patriota, que hizo los honores a los visitantes.

A la jira y a la visita asistieron parte de los personajes de la novela; con ellos estuve. Todo se curioseaba y en un camarote se discutió fuerte si la cama tenía buena mullida, si su ropa era ordinaria o fina y a tal se llegaba, que alguno hizo ademán de echarse sobre la cama para probar si era buena. Gritaba «Fabio López» enarbolando el bastón «de acebo del país» cogido por su mitad, se llenó el camarote de visitantes al oír los gritos y fué preciso callar y abandonar la discusión, pero en cualquier sitio se armaba otra parecida.

La misión de los «Corconeras» concluyó cuando se abrió a la explotación el ferrocarril de Santander a Solares en el año 1892.

La empresa vendió los vapores para distintos puertos y trabajos. Dos o tres fueron a Santoña destinados a transporte de pasaje en la ría, con el nombre de «Zarcetas».

Terminemos dedicando un recuerdo a los iniciadores de la empresa especialmente al benemérito montañés don Juan Gutiérrez Colomer, alma y vida de todo aquello que tanto beneficio reportó, y vaya otro recuerdo para los vapores «Corconeras» que largaron en el asta de popa la bandera nacional y en la de su fina proa, flameando airosa y juguetona, la blanca y encarnada matrícula de nuestro puerto.



## LOS AUTORES DE «PALOS EN SECO»

ESCRIBIÓ Pereda en los comienzos de su vida literaria, tres zarzuelas que tienen por título «Terrones y pergaminos», «Mundo, amor y vanidad»,—ambas con música de don Máximo Díaz de Quijano—, y «Palos en seco», con la de don Eduardo M. Peña. Estas obras en unión de otras comedias del mismo autor, se conservan impresas formando un tomo pequeño con el título de «Ensayos dramáticos» del que dice don Marcelino Menéndez y Pelayo en el prólogo de las «Obras completas» de Pereda, que es un libro rarísimo cuya tirada fué solo de veinticinco ejemplares. Pero no corrieron la misma suerte las partituras, que no se sabe por donde andan; Díaz de Quijano murió en Comillas, y don Eduardo M. Peña en Roma, sin dejar ninguno de los dos la me-

nor noticia de ellas y aunque algo se hizo recientemente por encontrarlas, el resultado fué negativo.

Se ignora, por lo tanto, a donde ha ido a parar la música de tales zarzuelas y puesto que sabemos algo de don Eduardo M. Peña, vamos a referirlo y contentémonos ahora con esto, mientras parece la música, que si Peña en sus tiempos fué persona de muchas y buenas amistades en Santander, es hoy casi desconocido y olvidado y bien merece la pena conservar en las páginas de un libro lo que de él sabemos, ya que el asunto se relaciona tan directamente con Pereda.

Don Eduardo M. Peña era natural de San Sebastián desde donde se trasladó a Santander para desempeñar una cátedra en nuestro Instituto.

Hombre de arrogante figura, carácter alegre y expansivo, de afable trato y amena conversación, muy aficionado a la música, tocaba el piano y la guitarra con gran dominio y era solicitado y muy bien recibido en todas las fiestas particulares en las que cantaba con voz bien timbrada, siendo asiduo concurrente a los bailes que se celebraban en los salones de la casa de doña

Francisca Toca en donde se reunía lo más escogido de nuestra buena sociedad, casa que estaba situada en donde hoy se eleva el Teatro de Pereda.

Peña cayó bien en Santander y aquí se casó con una señorita llamada Virginia Fuentes.

No es extraño que, hombre culto como era, trabase pronto amistad con Pereda, joven entonces, dando como resultado que las letras del uno y las notas del otro unidas en amigable consorcio fuesen a parar en la noche de Navidad del año 1861 al escenario del Teatro de la calle del Arcillero en forma de zarzuela con el nombre de «Palos en seco», en aquel Teatro en el que cada platea se hallaba separada de la contigua por un tabique, de modo que estar en una de aquellas localidades era casi como quedar sus ocupantes encajonados; sólo el frente estaba libre de tabique, nadie sabía que vecinos tenía en las plateas de cada lado y parecía, además, como si con intención de oscurecer tales departamentos, los hubieran empapelado de encarnado-oscuro con pequeños toques de oro. El frente, para apoyar los brazos, era de



gutapercha encarnada, almohadillada, con flecos al exterior; las butucas y las lunetas estaban mullidas y forrados los asientos y respaldos de gutapercha oscura. Tenían los brazos de hierro, y mullidos también como aquellos en sitio conveniente para descansar los codos. Costaban los palcos primeros y plateas treinta reales, las butacas, ocho, y as lunetas cuatro.

Fué puesta la obra en escena por las señoras Baeza, primera tiple dramática, Segura (Isidora), tiple ligera, hija de don Fernando que durante algunos años dirigió la orquesta del Teatro, García Robles, y Robles (menor) y los señores Iturriaga (don Tomás), bien conocido y apreciado en Santander, de hermosa voz de bajo y excelente actor que alcanzó a Maximino Fernández con quien representando «Campanone» hacían las delicias del público; Morás, Miquel, Rodríguez y Jarques que tantas veces se presentaron ante aquel público que no se cansaba de escuchar zarzuelas en los tiempos no lejanos de la antiquísima costumbre que Pereda nos describe en el capítulo «La noche de aquel día» de su novela «Sotileza», cuando sale del Teatro de la calle del Ar-

cillero, Andrés, el hijo del capitán de «La Montañesa» acompañando a la familia de don Venancio Liencres, de colocarse las *doncellas* de las casas pudientes en ringlera en la calle del Arcillero y junto al Teatro aguardando la salida de sus respectivas señoras, provistas cada una de un faralón de cuatro cristales, dos de ellos amplísimos y todos muy altos, y tres o cuatro medias velas con arandelas y adornos de papel rizado, de veinticinco colores, precediendo luego a sus correspondientes señoras y sus familias alumbrándolas todo el camino hasta llegar a sus casas, y esto a pesar de haberse estrenado el gas en el alumbrado público.

Volvamos a nuestros Pereda y Peña lanzados al estreno de «Palos en seco».

Pereda tendría entonces veintiocho años y se decía que en la obra, y así lo contaba Peña, había algo de crítica para ciertas gentes y clases que con razón no salían bien paradas, resultando de todo esto que la obra no fuese del agrado de todos los espectadores de butaca y, en cambio, lo fuese del de otras localidades.

Los dos autores Pereda y Peña se mar-



charon al Café Suizo a la hora de comenzar la representación, y allí permanecían en espera de que terminado el espectáculo, los amigos fueran a darles cuenta de lo que hubiera ocurrido.

Mientras tanto, en el Teatro continuaba la protesta de los unos y el aplauso de los otros y se pedía la presencia de los autores en la escena, pero ellos continuaban en el Suizo, acaso sin darse cuenta de lo que en el Teatro pasaba, o temiendo no fuesen las cosas muy a su gusto.

Era costumbre que el alcalde o algún concejal presidiese las representaciones desde aquel palco del centro, tapizado de terciopelo rojo con grandes cortinas en el frente que siempre se llamó «palco de la Presidencia», y sucedió que el alcalde que aquella noche presidía, se vió obligado a enviar un recado en busca de los autores para que con toda urgencia se presentaran en el Teatro; al Suizo se les fué a buscar, allí se les comunicó el deseo del alcalde, y al Teatro marcharon todos.

Esto fué lo que refirió Peña en Santander bastantes años después del estreno de la obra y nada más dijo acerca de ello a quien

me comunicó estas noticias, pero sea como quiera, parece que el título de la zarzuela ya indicaba que los palos podrían descargar sobre algunos, y éstos serían probablemente los doloridos, los mismos que protestaban.

De Santander marchó Peña a Londres destinado a la Embajada de España en aquella capital y allí vivió luego durante cincuenta y dos años relacionado con lo más selecto de aquella sociedad, a cuyas fiestas asistía, incluso a las de Palacio, y voy a contar lo que en cierta ocasión le aconteció, no por la importancia que ello tenga, sino por haberle ocurrido al autor de la música de «Palos en seco».

El hecho fué que invitado a una reunión que daba cierto Lord, alquiló Peña un coche y allá se dirigió a la hora de comenzar la fiesta, viendo que al llegar al portal de la casa y al mismo tiempo que se apeaba del coche, una señora hacía lo propio de otro, dirigiéndose al mismo portal. La señora vacilaba al entrar en la casa y como coincidiese con Peña al llegar a la puerta, éste la ofreció el brazo para subir la escalera. Aceptó la desconocida el apoyo que Peña la ofrecía y comenzaron a subir, la-



mentándose la señora de sentir alguna debilidad, ya que desde la hora del té no había tomado alimento alguno. Peña la propuso pasar en seguida al ambigú, y así lo hicieron.

El salón estaba en todo su esplendor, y tanto la desconocida como Peña buscaban con la vista a los señores de la casa, para saludarlos, dudando a quien dirigirse porque no daban con ellos.

Al fin dijo Peña:

—Señora, ¿usted no los conoce?

—Yo sí, pero no los veo por ninguna parte. ¿Y usted los ve?

—Me ocurre lo mismo; de los que están aquí ninguno es.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Y se decidieron a preguntar a un criado ataviado con lujosa librea, por Lord N. a quien deseaban saludar.

—¡Oh, señores! Lord N. no vive en este palacio; vive bastante más lejos, en la misma calle, pero en la acera opuesta.

Y allá se fueron la señora y Peña a la casa que el de la librea les indicaba, en



— ¡Señora! ¿Usted no los conoce?  
 — Yo sí, pero no los veo por ninguna parte. ¿Y usted los ve?  
 — Me ocurre lo propio.

donde se celebraba otra fiesta, que era a la que estaban invitados. Había ocurrido que ni Peña conocía a la señora a quien por casualidad y cortesía acompañaba, ni la señora a Peña, ni ninguno de los dos conocía la casa en la que por equivocación habían entrado y hecho consumo en el ambigú.

Fué Peña el primer profesor de español que tuvo doña Victoria Eugenia de Battemberg antes de su matrimonio con don Alfonso de Borbón.

Así fué pasando Peña los años en Londres luciendo su arrogante figura, haciéndose retratar con frecuencia acaso para lucirla, visitando las capitales de Europa, sufriendo la fractura de una pierna en París, en donde le atropelló un coche y viniendo también a Santander, en donde estuvo a los ochenta años con abundante y bien cuidada barba, vistiendo con elegancia y conservando su gracia y atracción acostumbrada.

En 1927 estuvo en Roma a visitar a Su Santidad el Papa y allí murió en el hotel en que se hospedaba, víctima de una enfermedad, que ya padecía, al corazón.

Es posible que más pudiera decirse de don Eduardo M. Peña, pero no he de abusar de la paciencia de los lectores, y, por lo tanto, pongamos punto final. Ya conocemos al autor de la música de «Palos en seco».





## «LOS ZAPATEROS»

NO se trata de ninguna huelga que pueda aumentarnos el precio del calzado. Se trata de una comparsa de carnaval que tenía por título el de estas líneas y que alrededor del año 1876 recorrió las calles de Santander admirada por nuestros convecinos y formada por zapateros, gremio numeroso con unos trescientos inscritos en la población.

Fué el primer presidente de la comparsa, el hojalatero Hermosilla sustituido después por Eduardo Barahona, maestro de obra prima (1), hombre de buen humor que durante algunos años trabajó en su oficio en la casa de don Anacleto Trambarría en la calle de la Blanca.

---

(1) Nombre que se daba a los zapateros de nuevo para distinguirlos de los de viejo, o remendones, llamados así porque remendaban zapatos gastados o rotos.

Hicieron sus ensayos en la fragua de don Gregorio Flechoso en la calle de Lope de Vega y cuando llegó el carnaval y tenían su lección bien aprendida, echáronse a la calle en correcta formación, el domingo de carnestolendas por la mañana, los cuarenta zapateros que componían la comparsa, dando principio a su labor, que fué incesante los tres días, pero solamente los tres, ya que ni el miércoles de ceniza ni el domingo de piñata había entonces estas cosas por las calles.

Comían en el primer piso del establecimiento de la viuda de Anselmo, en la calle del Cubo, número ocho, en donde está hoy el curtido de la señora viuda de Mendiagué. Tenía en la planta baja despacho de comestibles y bebidas, y separado por una mampara, el espacio que ocupaban algunas mesas para los parroquianos.

Vestían blusa corta, bombacho y mandil de mahón azul y un gorro blanco en punta, parecido a los coladores de café; llevaban caretas de viejo. Iba delante Bonifacio San Emeterio, muchacho de buena estatura, portador del estandarte. Tenía éste forma triangular alargada, redondeada en su parte in-

ferior y ostentaba en su centro, pintada, una bota de marinero de las llamadas de aguas, rodeada de esta inscripción «Comparsa de Los Zapateros. 1876». Detrás venía una charanga de pocos músicos, seguida del personal en dos filas, que marchaban al compás de la música llevando cada zapatero una silla baja, la piedra y el martillo de machacar la suela, o una herramienta del oficio, de dimensiones exageradas. Entre las dos filas, a la terminación de éstas iban los aprendices Tino Pancorbo, hijo de un guarnicionero, y el hijo del «Guaajiro», llevando sobre sus hombros la mesa presidencial y poco más atrás, eran portadores del sillón otros dos aprendices, Gabriel, hijo del presidente y su compañero Daniel Gautier. Cerraba la marcha con toda la gravedad posible el presidente Barahona, cuyo signo de autoridad era el aparato corredizo que emplean los zapateros para tomar la medida del pie, pero de grandes proporciones.

Paraban en sitio a propósito, formaban un círculo, se sentaban en las sillas y cantaban acompañados por la murga y por los golpes de los martillos en la piedra que tenían sobre las rodillas, al par que otros ma-



nejaban sus herramientas figurando un taller de zapatería.

Véase algo de las coplas... ¡Atención!... «Los Zapateros» van a cantar... Un público numeroso les rodea... Barahona da la señal en medio de un gran silencio... ¡Ahora!

Húndase la política  
rastrera y tacañil  
y viva el gremio ilustre  
del arte ministril.

Juremos compañeros  
la suela machacar,  
hacer lo que un menguado  
osa de criticar.

Respete nuestros fueros  
el vulgo necio y vil  
y acátese el escudo  
del chanclo y borcegui.

.....  
Dóblese cual un látigo  
terrible tirapié  
y caiga sobre el bárbaro  
que albarca lleva al pie.  
.....  
.....

Perdonen el inciso; voy a decir algo que acaso no recuerden la mayoría de los que conocieron la comparsa y veremos que ésta no hacía sus cosas a humo de pajas. El discurso del presidente, el tocar éste un esqui-

lón, la lista y nombres de los zapateros, la invitación a la cena, la manera de hablar de todos dándose importancia y el juramento, fué tomado al pie de la letra de una de las «Escenas Matritenses» de don Ramón de Mesonero Romanos («El Curioso Parlante») titulada «Una Junta de Cofradías», escrita en 1837. Se ridiculiza en tal Junta de zapateros el afán que ya había en algunas reuniones insignificantes y en las que se trataban asuntos de poca importancia, de hacer uso del lenguaje y fórmulas parlamentarias. Veamos algo de ello, no copiándolo completo por su mucha extensión.

Concluído el canto que más arriba cito, el presidente ordenaba silencio tocando un campano, y sentado en un sillón decía en tono enfático:

Basta ya ruiсеñores,  
basta ya de gorjear,  
pasaremos al asunto  
que más deberá importar.

.....  
*Escomienza* la sesión  
que preside vuestro Blas  
escuchad con atención  
.....

Y puesto que habéis jurado  
pasaré primero lista  
de todos los congregados.

Después del exordio pasaba lista a los zapateros llamándoles en esta forma:

Presidente.— Perico Cerote Negro.

Perico.— Despacio, que aquí estoy yo,  
que ese mote es de mi suegro.  
Y digo que no me alegro  
de responder por los dos.

Presidente.— Juan Lesnas.

Juan.— Presente soy,  
para mal de algún endino  
que habrá de escucharme hoy  
y declaro que me voy  
si no se *escomienza* el vino.

Presidente.— Diego Punzón Cabritilla.

Diego.— De cuerpo presente está.

Presidente.— Domingo Cachas.

Domingo.— «Cuchilla»  
me llamo en toda la villa,  
que bien me conoce ya.

Presidente.— El hijo de Cacho.

Cacho.— El cacho del hijo, voy...

A continuación de la lista y discurso decía estos versos que son parte de la invitación a la cena:

.....  
Vendrá luego de los callos  
la fuente jeronimil  
y el inevitable arroz  
con guindilla y con anís.



...y ostentaba en su centro, pintada, una bota de marinero de las llamadas de aguas...



Aquestos son mis principios  
y los sostendré hasta el fin  
con los consabidos medios  
del tintillo y chacolí.

Terminado todo tras largo tiempo, puestas en pie cantaban una marcha que no pertenece a la composición citada, en cuyos versos no se ve claro el sentido, pero «relata réfero», así han llegado a mi poder:

Marchemos compañeros.  
A la guerra Quintín,  
se lancen los martillos  
la suela a combatir.

Echemos al pedante  
tremendo puntapié,  
y lleno de cerote  
humille su altivez.

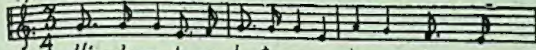
Y marchaban con la música a otra parte.

Así se divertían estos hombres que no cometían probablemente otros excesos más que tomar algunos vasos de Rioja y alguna cena de difícil digestión, como extraordinario en aquellas ocasiones, y así divertían a un pueblo que iba tras ellos y ocupaba ventanas y balcones al oír el paso de la charanga.

No fué lo referido asunto de vital importancia para Santander, pero fué casi un

## Los Zapateros

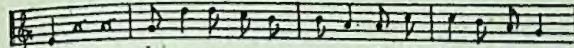
Moderato



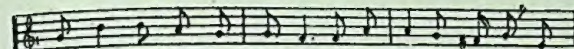
Hón. da. se la po. li. ti ca ras tre. ray la. ca.



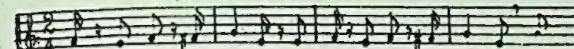
ñil y ri va el gre. mo sil. tre. del ar te ni. ms.



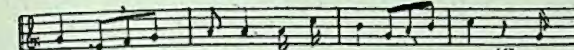
ñil Ju. re mos com. pa. ñe. ros la sue. la na. cha car



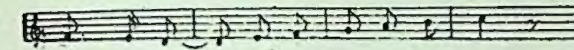
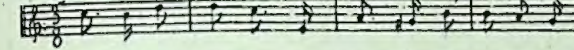
ha cer lo que un men. guar. do a. sa de cri. li. cer tres.



pe. le nues. tros fue ros el vul. go ne cioy vil y e.



ca le se el es. cu. do del cham. clo y bor. ce. go. (Chorongo y no. 1. no. 1.)



acontecimiento. Tal curiosidad y admiración despertó la comparsa. De ella ha quedado algún recuerdo, pero escaso rastro para reproducir completas y claras las canciones cuyo autor, don Rafael Arranz, fué luego farmacéutico en Santillana, sin que haya podido averiguarse si se imprimieron tales coplas, que vi escritas a mano. En la colección de libros montañeses y de impresos de don Eduardo de la Pedraja que recibió la Biblioteca Municipal existen coplas de carnaval de fechas posteriores a «Los Zapateros», pero de éstos no hay nada y por eso es de creer pudieron tomarse al oído, y así se han conservado. De periódicos de la época no es posible conseguir gran cosa. Sin embargo, aún tenemos un superviviente, don Gabriel Barahona, a quien brindo estas páginas, aprendiz entonces, buen santanderino, hijo del que fué presidente de «Los Zapateros» y uno de los portadores del sillón presidencial, empleado actualmente en el Teatro Pereda. Adornado con setenta años, ágil y sano, canta con entusiasmo las coplas con buen oído y recita partes del discurso.

Las populares canciones de «Los Zapateros» repercutieron unos años después en Gua-

dalajara. Alumnos montañeses de la Academia de Ingenieros Militares reunidos con otros en la fonda en que se hospedaban, las cantaban a coro con frecuencia, acompañados al piano por uno de ellos que en unas vacaciones llevó de Santander a sus compañeros cuanta música montañesa pudo encontrar y allá fueron las coplas de «Los Zapateros» que arraigaron pronto.





## «LOS VULCANOS»

### I

PUESTO que he hablado de la comparsa «Los Zapateros», justo es dedicar unas cuartillas a «Los Vulcanos», teniendo además en cuenta que si santanderina fué la primera, también lo fué la segunda, nacidas las dos en nuestro pueblo y en él aplaudidas en tiempos no lejanos la una de la otra; agreguemos en su favor que las dos tuvieron otra nota simpática cual fué la de conservar en parte su carácter gremial como he podido comprobar por noticias de entonces, ya que «Los Vulcanos» constituída por herreros, «Los Zapateros», «Los Sastres» y «Los Carpinteros» que pasearon nuestras calles eran seguramente formadas por individuos del oficio que el título de ellas indicaba,

siendo acaso estas agrupaciones lo último que nos quedó de los antiguos gremios.

En dos ocasiones aparecen «Los Vulcanos». La primera debió ser por el año 1878, cuando a don Gregorio Flechoso se le ocurrió la formación de la comparsa.

Estaba bien relacionado y era dueño de una importante fragua en la calle de Lope de Vega, de la que diré como detalle curioso que en 1874 se había construido en ella la hermosa verja que cierra la finca de Pereda en Polanco, frente al corro histórico de «Cumbrales».

Flechoso se unió para llevar a cabo la idea de la comparsa con el músico santanderino don Fernando Garmendia, persona de iniciativa, buen organizador de estas cosas y fundador más tarde del orfeón «La Sirena», y se inspiraron en aquel pasaje de la mitología griega en que Vulcano hacía en su fragua, bajo el monte Etna los rayos para Júpiter, ayudado por los cíclopes, que eran unos gigantes, hijos del Cielo y de la Tierra, con sólo un ojo en medio de la frente.

Garmendia se encargó de dirigir música y comparsa siendo compositor de todas las

obras que luego cantan; el farmacéutico don Pedro Herrán hace la letra y después ensayan en la fragua.

Preséntanse «Los Vulcanos» al público vistiendo túnica hasta la rodilla, ceñida por la cintura, de color chocolate y pantalón del mismo color. Los cíclopes actúan de forjadores; tienen corona de laurel y barba larga, cana los unos y negra los otros.

Componíase la agrupación de doce equipos de herreros formado cada uno de un forjador y dos ayudantes llevando cada equipo una fragua con su correspondiente yunque. Iba además otro yunque de mayor tamaño como presidiendo el trabajo de todos. Estos artefactos eran de madera de roble, imitación de las herramientas de los herreros.

Presidía Flechoso vestido de dios Vulcano y junto a él haciendo de diosa, su hija Honorinda, niña entonces y esposa más tarde de don Pedro Requivila, padre del actual, yendo los dos sentados en una calesa alta y ligera adornada como carro triunfal. Una charanga de ocho o nueve músicos acompañaba a «Los Vulcanos» en las canciones y marchas. En ella tocaba el cornetín, Pantaleón Palazuelos, que aún vive y cuenta hoy setenta



y siete años. Es músico jubilado de la Banda Municipal.

En sus altos marcaban un pasadoble, al mismo tiempo que con las evoluciones disponían fraguas y personal en dos filas paralelas colocándose cada uno en el sitio que le correspondía.

Así preparados, tocaba la música, y al compás de ésta, daban con martillos y maldarrias en los yunques, ejecutando sus golpes con movimientos alternos o a contratiempo guardando el aire de la composición, con lo que resultaba una original variación de golpes, de efecto muy interesante. Los aprendices ponían en movimiento los fuelles y sacaban de las fraguas unos palos pintados de negro y rojo imitando hierro candente, trasladándolos al yunque. Terminado todo recogían fraguas y herramientas que colgaban de palos fuertes llevándolos a hombros, y luego al son de la charanga se ponían en marcha, recorriendo la población escoltados por una gran cantidad de gente que en todo momento les rodeaba. Hacían sus comidas en una taberna de la calle del Arrabal.



*Los cíclopes actúan de forjadores, tienen corona de laurel y barba larga...*

## II

VEAMOS ahora su segunda presentación. En 1885 hay en Santander un Carnaval muy animado; la llegada de una estudiante montañesa de la Universidad de Valladolid contribuyó, la víspera del mismo, a que aumentase la concurrencia en las calles; luego, el anuncio de las comparsas «El Centro», «Los Sacamuelas», «Los Apóstoles» (1) y «Los Bandos» (2) acabó por sacar a las gentes de quicio. Por la noche cantaron todas las comparsas en la Plaza Vieja, frente al Ayuntamiento, como era costumbre y hubo tal concurrencia que el inolvidable Telesforo Martínez decía en El Aviso el

(1) «Los Apóstoles» representaban la crítica de unos hombres que se dedicaban en Madrid a curar lo incurable. El vulgo les dió ese nombre. Tuvieron su ramificación en Santander.

(2) «Los Bandos», tomado del título de un sainete, caricatura de asuntos políticos que se llamó «Los Bandos de Villafrita», representado en aquellos tiempos en el teatro de la calle del Arcillero. Quedó de ella un periódico dominguero que dió bastante juego en asuntos locales, titulado como la comparsa.

19 de febrero: «El año que viene piensan hacer obra en dicha plaza ensanchándola mil metros para evitar los apretones, pisadas y contusiones por la aglomeración. La botica de socorro vendió aquella noche treinta frascos más de árnica que en años anteriores. Yo llegué a casa con la punta de un botito destrozada y una aldilla de menos en el chaquet».

Flechoso había pasado a mejor vida, pero esto no es obstáculo para que «Los Vulcanos» reanuden su labor con más brío que la primera vez; hacen sus ensayos en la conocida fragua, que en este año ocupa don Gabino Santamarina como actualmente don Juan Calzada, y unos días antes de Carnaval se perfeccionan en la desaparecida Plaza de Toros del Paseo de la Concepción.

Forman el conjunto sesenta hombres aproximadamente, con diez fraguas. Representa a Vulcano, Manuel Santamarina, hijo de don Gabino, con vistoso traje de color rosa, capa encarnada galoneada de oro y forrada en rosa, babuchas encarnadas, corona dorada de picos, peluca larga sonrosada, barba blanca larga, y empuña un cetro dorado. Una niña, hija del herrero don Laureano



Villegas, cuya fragua existe en Peña Herbosa va en compañía de Vulcano representando a la diosa, admirada de todos por su simpática figura y por el bonito traje blanco que viste, adornado con oro, manto de tul del mismo color del traje, salpicado de estrellas de oro, corona y un cetro dorado en la mano.

Páranse a cantar y mientras tanto Vulcano y la diosa están de pie en el coche. Todo es como la vez anterior, solamente varían las canciones. La letra es de don Alfredo del Río y he aquí algunos trozos:

#### HABANERA

Triste es la vida del artesano  
que lucha en vano  
por su deber;  
pues, arrojando duras faenas  
no ganas apenas  
para comer.

Y si el trabajo que es su elemento,  
por un momento  
llega a faltar,  
en esos días de pesadumbre  
no arda la lumbre  
sobre su hogar.

Día tras día, siempre inclemente,  
baña su frente  
acre sudor;

si hay quien disfrute goces prolijos,  
no son los hijos  
de la labor.

Oíd benignas niñas hermosas,  
si sois piadosas,  
nuestra canción  
y vuestra mano que Dios bendiga  
alivie amiga  
la situación.

#### OTRA

Montañesas hechiceras,  
a los hijos de Vulcano  
alargad pronto la mano  
y una moneda soltad.

Mucho nos gusta la plata,  
pero a falta de ella el cobre,  
porque ya sabéis que el pobre  
nada puede despreciar.

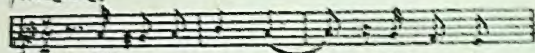
Al compás de los martillos,  
batiendo el yunque sonoro,  
de sus cíclopes el coro  
os invita a contemplar.

Garmendia, que desde el primer momento  
volvió a encargarse de la comparsa, dirige  
todo paseando por entre las dos filas de  
vulcanos y fraguas.

Cantan frente a las casas de Sociedades y  
particulares; se les gratifica espléndidamente  
y reciben hasta monedas de oro de cinco  
duros correspondiendo a su galantería.

# LOS VULCANOS

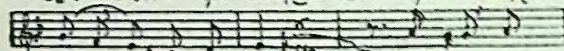
(Habere)



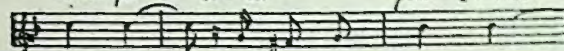
Tristes la vi. de ... del ar. te.



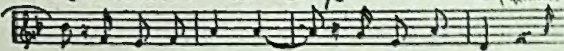
sa. no ... que lu. cha en va. no que lu. cha en



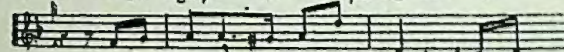
va no por su de. ber pues a. rros



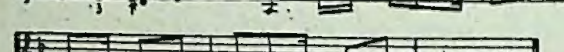
hru. do ... do. ras fe. e. nos (Martillo)



... no se nos pe. nos ... pa. ra co. mer



(Cheranga y Martillos)



Al actuar por las noches, en sus paradas, tienen los yunques dispuesta buena cantidad de pistones que sueltan chispazos a los golpes de los martillos y al compás de la música.

El Ayuntamiento ofreció como premio a la mejor comparsa una corbata para su bandera. Los agraciados fueron «Los Apóstoles». El público protestó a su manera, pero nada pudo conseguir.

«Los Vulcanos» dejaron buen recuerdo, que perdura; sus coplas se cantaban no hace mucho tiempo por la gente obrera y en especial por los herreros.

\* \* \*

Ahora, una advertencia. Téngase en cuenta que no soy cronista de Carnavales y si de ellos hablo es porque son notas de nuestro pueblo. Bien o mal he refrescado la memoria de los que presenciaron aquellas cosas y aún sospecho que les habré contado algo que no sabían. Y a los que han venido después, he presentado estos cuadros del Santander de antaño, que poco valen, pero que no conocían.



## EQUITACIÓN

### I

EN el año 1875, una Guía de Santander publicaba un anuncio a plana entera, de la Escuela de equitación dirigida por don Antonio Molina, en la calle de Isabel la Católica y además decía en él que admitía caballos a pensión y se encargaba de la doma de potros.

Aquel picadero amplio, cómodo y con las necesarias dependencias, tuvo un éxito favorable, y bien se conocía por el número de aficionados y de señoritas que paseaban a caballo luciendo su gentileza vistiendo con elegancia el traje negro de amazona, de larga falda que pendía airosa por el costado izquierdo del caballo, chaqueta ajustada terminando atrás en dos pequeños faldones, y

tocadas con sombrero de copa de reducidas dimensiones, adornado generalmente con un velo recogido alrededor de la parte baja de la copa.

¡Oh!, cuando don Antonio llevaba a pasear a su elegante grupo de alumnas y alumnos, eran la admiración de las gentes. Constituía la equitación entonces, en Santander, el deporte de moda.

Pasó aquello y vino otro profesor, don Eduardo Díaz, que dejó después el picadero para ocupar un empleo importante en el Tranvía Urbano, cuya explotación comenzaba.

Tiempo después quiso dársele vida nuevamente y se encargó de esto a don Julio Hidalgo, joven, madrileño si los había, inteligente en su profesión, buen jinete y no mal fumador de puros. Comenzó su actuación y al principio de un verano, éramos ya buen número los que aprendíamos a montar. Los alumnos aumentaban, y lo mismo los aficionados, que, además, iban adquiriendo caballos. Las dos buenas cuadras del picadero tenían cada día más caballos a pensión, y todo, según el verano entraba, iba en el picadero animándose.

Dos caballos había que pagaban el pato: la jaca «Matutera» y el «A». Estos eran los tubos de ensayo para los jinetes principiantes. La «Matutera», jaca negra y apacible, que por efecto de su edad y servicios prestados no aguantaba muchas trotadas prefiriendo la tranquilidad de su «hogar», cosa que no era muy del agrado de los novatos, que si no estaban aún para grandes aventuras, querían sin embargo caballos que se moviesen algo más; y el «A», que compartía con la «Matutera» los primeros y vacilantes pasos de los jinetes noveles y que era un tesoro de marrullerías. ¡Lo que él había aprendido en el picadero! No hablaba, pero bien daba a entender que sabía a quien llevaba sobre sus costillas.

Cuando alguno daba la primera lección, se presentaba en el centro del picadero un mozo de cuadra trayendo de la brida al «A» y a él se dirigían maestro y discípulo que se colocaban a la izquierda del caballo, comenzando la lección.

—Lo primero—decía el profesor—vea si los estribos están bien de altura para usted, y si quedan las acciones a la medida conveniente.



Y le indicaba cómo habían de quedar; y después de arreglado el estribo izquierdo, continuaba el profesor:

—Ahora, arregle usted el estribo del otro lado, pero no pase por detrás del caballo, que puede soltarle una coz; vaya siempre por delante.

Y cuando el discípulo arreglados acción y estribo derecho, volvía junto al profesor, éste continuaba:

—Mire usted cómo la silla está sujeta al caballo por la cincha. Esto es la perilla a la que puede usted agarrarse alguna vez, pero nunca para subir al caballo, para esto agárrase a la crín... Esta es la rienda y esta otra, la falsa rienda. Guíe usted siempre con la primera,—y le enseñaba la manera de coger las riendas y de guiar.

Después de estas explicaciones le decía cómo había de subir al caballo y cómo había de caer en la silla.

—El cuerpo bien derecho; no engargantar los estribos; apoyar en ellos los pies poco más atrás del nacimiento de los dedos...

Así iba explicando el profesor lo que más interesaba al discípulo, sin que el «A» se hubiese movido de su sitio. Tales cosas las



*...vistiendo con elegancia el  
traje negro de amazona, de  
larga falda...*

había oído cientos de veces y jamás había mostrado deseos de oír otras nuevas. De vez en cuando sentía una palmadita cariñosa en las ancas, pero aquello ni le quitaba trabajo ni le aumentaba la ración de pienso y seguía quieto e indiferente.

Enterado el nuevo discípulo de aquellas explicaciones venían otras y cuando todo estaba cumplido y el jinete se veía con dominio del caballo, y tenía en sus manos las riendas y la fusta, el mozo de cuadra soltaba el «A» y allá quedaban jinete y caballo a las órdenes del profesor, que desde el centro del picadero dirigía la lección:

—¡Al paso!—gritaba.

Y al paso iba el «A», sin que el jinete se molestase para nada en guiar al caballo.

—¡Partir y cambiar!

El «A» hacía lo que el profesor mandaba y así trotaba y galopaba, siempre obediente a la voz, sin dar lugar a que el alumno le aplicase la fusta ni tuviese que mover las riendas.

Tenía mal trote, muy duro; era como si con ello se vengase de los jinetes, no siempre correctos con él.

—Ya me la pagaréis—pensaría—. Siempre a cuentas con vosotros sin obsequiarme con golosinas. En cambio, me pegáis con esas fustas y me aplicáis las espuelas. ¡Ya me la pagaréis!...

Y en efecto, cuando el maestro daba en las lecciones la voz de ¡al trote! y comenzaba el «A» a trotar, había que ver la cara que ponía el jinete. Su cuerpo botaba en la silla como una pelota y algunas veces era el machaqueo tan fuerte que le quitaba la respiración.

No se crea que no había otros caballos en el picadero, ni que todos eran así, no. Los que había eran muy presentables, pero me he fijado en la «Matutera» y en el «A» por el recuerdo que dejaron. Todos los que pasaron por aquel picadero montaron el «A», pero nadie ha tomado nunca en cuenta sus cosas, poco agradables con frecuencia. Al contrario, muchos le compadecen y ¡cuidado que es larga la lista de jinetes de aquellos tiempos!



## II

CONTINUEMOS con nuestra historia y comencemos esta última parte con las primeras palabras de aquel romance que cantaban las niñas jugando al corro, pero cambiemos *me* por *le*

Una tarde de verano  
le sacaron de paseo  
.....

Y así fué. Un señor forastero se presentó «una tarde de verano» en el picadero, pidió un caballo... y le presentaron el «A». Calzó sus espuelas el forastero, requirió la fusta y marchó montado en el «A», bajando por la calle de Isabel la Católica. Mientras tanto, la trinca numerosa de los que dábamos nuestro diario paseo, formada por aficionados y alumnos, iba reuniéndose en el patio del picadero. Eramos diez o doce y sólo esperábamos la orden del maestro para ponernos ordenadamente en marcha; y al ver que éste colocaba su caballo en dirección a la puerta, hicimos todos lo mismo con los nues-

tros, pero en el momento de dar el maestro la voz, asomó por la puerta de la calle de Isabel la Católica la cabeza del «A» y tras la cabeza el cuerpo, y encima de éste, el señor forastero.

—¿Le ha ocurrido a usted algo, que tan pronto vuelve?—le preguntamos.

—Pues sí—nos contestó un poco amoscado—. Me ha ocurrido lo que nunca; alquilé este caballo para dar un paseo y al llegar frente al fielato de Cuatro-Caminos, inesperadamente se me volvió hacia atrás. No encontré medio de que siguiese y me ha traído aquí sin poder hacerle variar de rumbo. El caballo manda.

Nos quedamos sorprendidos. El «A» sabía más de lo que parecía. Quisimos por «el honor de la clase» desagrar al forastero e insistimos en que se agregase a nosotros; el «A» entre los demás caballos iría como siempre a donde le llevasen y sería una malva, pero fué todo inútil; no quiso, y el «A» se salió con la suya. Desmontó el señor, y al verse libre el caballo de la carga, se fué al pesebre ¿qué más quería él?

Navarro, uno de los mozos de cuadra, de patillas espesas, y algo torcido de un lado,

que estaba entre los caballos preparados para salir, dándoles el último toque, atusando a unos el pelo con un paño, a otros pintándoles de negro los cascos, o arreglando cualquier correa mal puesta, o la cadenilla del bocado, se enteró de lo que ocurría, guiñó un ojo y a media voz nos dijo:

—Esta tarde estaban alquilados todos los caballos, quedaba libre solamente el «A» y me ordenó don Julio que se le diese a ese señor pero el «A» hace siempre lo mismo. Cuando va sólo no pasa de los fielatos y se vuelve al picadero. Ese caballo—dijo Navarro en tono sentencioso—conoce a quien le monta.



## LOS BANCOS DE «LOS AMIGOS DE LOS POBRES»

EN el mes de junio, o principios de julio del año 1888, lo mismo que en los anteriores y en algunos que le sucedieron, cuando el agua de la bahía llegaba cerca de las casas del Muelle, se instalaban diariamente en éste, desde las últimas horas de la tarde, los bancos de los «Amigos de los Pobres» al cuidado de don Ramón, la señora Lorenza, los chicos cobradores y el perro, precursor todo ello del veraneo. Y vamos por partes: «LOS AMIGOS DE LOS POBRES».—Sociedad fundada en 1869, que repartía comidas abundantes a los necesitados. Contaba para ello, además de la suscripción, con el ingreso que producían los bancos en los paseos; algunos veranos contrataron bandas militares que animaron los festejos.



Fué su presidente don Ramón G. del Corral y tesorero don Isidoro del Campo.

LOS BANCOS.—Ya existían en 1875; una guía de Santander de ese año, refiriéndose al paseo en el Muelle, dice: «Durante las noches de verano se sitúan bancos formando calle, y la sociedad de buen tono se ha dado cita en este sitio, que presenta un aspecto agradable por la numerosa y escogida concurrencia en las primeras horas de la noche».

Estos bancos, u otros posteriores que conocimos, estaban formados por una tabla como de tres metros de larga que servía de asiento y otra igual para respaldo, sujetas en sus extremos por una sencilla armazón de hierro que sostenía asiento y respaldo y formaba las cuatro patas. Estaban pintados de verde oscuro y eran fáciles de transportar. Tenían sin embargo sus inconvenientes: Primero: El asiento y respaldo eran duros, haciéndose preciso cambiar de postura con frecuencia porque se resentían las partes del cuerpo más castigadas con la quietud.—Segundo: No ofrecía tampoco la mayor comodidad sentarse de medio lado apoyado el antebrazo en el respaldo; la tabla que le

formaba estaba colocada de canto, y al antebrazo que se apoyaba en el borde le quedaba mal recuerdo.—Tercero: No tenía límite el número de personas a sentarse; nos corríamos unos hacia otros, haciendo sitio a los que llegaban, hasta quedar estrechamente unidos y perdiendo espacio cada cual, quedando todos incómodos.—Cuarto: Era preciso hablarnos casi al oído con el amigo que nos acompañaba, porque no nos oyesen los que estaban tan cerca.—Y quinto: En los días de «lleno» se corría el peligro de que la débil tabla del asiento cediera y se encontrasen los ocupantes del banco sentados en el suelo; algunas veces cimbreaaba la tabla y parecía llegado el temido caso.

A pesar de esto no había quejas de importancia, costaba el disfrute de un trozo de banco, de día o de noche, si había música, diez céntimos, y cinco en caso contrario. ¿Quién protestaba por esas cantidades?

DON RAMÓN.—De mediana estatura, tirando a delgado, calvo, con tres lobanillos en la cabeza, pelo blanco, bigote recortado por el frente y guías hacia abajo, algo sordo, traje de americana, sombrero ancho negro, echado un poco atrás. Era conserje de los



«Amigos de los Pobres» y sol que brillaba con luz propia en aquellas cosas. Tenía toda mi simpatía, *vir bonus* y uno de tantos peregrinos de la vida que después de pasarla cumpliendo su deber con creces, no queda de ellos ningún recuerdo. No le faltaba sin embargo su genio, provocado muchas veces por las travesuras de chicos que para molestarle se sentaban en los bancos y al acercarse don Ramón en ademán amenazador, se corrían más lejos diciendo muy alto:

¡Don Ramón está que bufa  
por un plato de merluzal!

LA SEÑORA LORENZA.—Alta, escasa de carnes, vestida de percal muy usado, pañuelo grande doblado en pico por los hombros y espalda; prendido por delante, y otro pañuelo de cofia atado debajo del moño. Figuraba en segundo plano; pudiéramos decir que era la luna que brillaba con la luz que le comunicaba don Ramón.

LOS CHICOS COBRADORES.—Uniformados con blusa y pantalón de mahón azul, gorra en forma de candil escocés, de tejido parecido al de las boinas, y colgada del cuello

por una correa, una caja-cepillo de madera pintada de verde oscuro con la ranura en su parte superior. El número de cobradores estaba en relación con el de bancos; estos chicos eran satélites que en órbitas distintas giraban alrededor del sol, o de la señora Lorenza.

EL PERRO.—De lanas, negruzco, aunque se conocía que era blanco por dentro; parecía una nebulosa por lo indefinible de su color y por no saber a quién pertenecía de los del grupo; lo que sí es cierto que era compañero inseparable de aquel equipo. Todo este sistema planetario se movía alrededor de don Ramón, o estaba 'parado si no había quien se sentase.

Colocábanse los bancos frente a la casa número 13, en una línea entre el adoquinado y la acera de la orilla del mar, dando cara a éste, dejando libre toda la acera, bastante ancha, en la que se formaba el paseo. Esta línea se prolongaba si era preciso en dirección al muelle de los «Corconeras», según la demanda que hubiese.

Don Ramón establecía su cuartel general en una de las puertas del almacén de don Francisco Aparicio, cerradas ya en aquellas



horas de la tarde. La señora Lorenza se sentaba en el batiente de la puerta, extendidas a lo ancho de ella las piernas, ceñidas por la falda de percal, y recostado el busto contra el machón de la pared. A sus pies los cepillos, formando una pila de cinco o seis; junto a ella los cobradores, unos en pie, otros en cuclillas o sentados en los cepillos y entre todos el perro.

Poco a poco se ocupaban los bancos; don Ramón, ojo avizor, miraba quien se sentaba y comenzaba la cobranza; si el chico era novato, don Ramón le acompañaba y presentaba frente a quien había que cobrar, colocaba las manos sobre los hombros del chico, se quitaba éste la gorra y dirigía a aquél esta pregunta respetuosa pero punzante:

—¿Tiene usted la bondad de pagar el asiento?

El paciente echaba la moneda por la ranura y don Ramón observaba cuantos movimientos hacía, hasta tener la seguridad de que quedaba presa en el cepillo; terminaba la escena poniéndose el chico la gorra y dando los dos media vuelta.

La señora Lorenza, precursora del veraneo,



—¿Tiene usted la bondad de pagar el asiento?

lo era también de cierta moda importada años después del «cerebro de Europa»: acaso por hacer más llevaderas las horas de tedio que pasaría sentada en el batiente de la puerta, daba sus chupadas al cigarrillo, que si no egipcio, era de los «amarraos».

La tarde caía, y en noche serena escasos huecos quedaban sin ocupar en los bancos. Todo era tranquilidad, no había ruidos ni música; sólo pasaba algún coche o tranvía de mulas; la luz era la mortecina de gas de los faroles del alumbrado público, pero la luna se encargaba de mostrarnos la belleza de nuestra bahía y se reflejaba en sus aguas produciendo efectos que no por conocidos dejaban de ser admirables. Sin embargo, en ocasiones, cuando más disfrutábamos de la placidez de la noche veraniega recibíamos, inesperadamente alguna ráfaga suave y mal oliente por quedar en seco, a la bajamar, la desembocadura de una alcantarilla, que nos hacía volver de nuestro ensueño y cambiar de banco si era posible. Afortunadamente el ingeniero y contratista Chapa no tardó en hacernos el «relleno» que nos libró de tales olores.

Terminaban las veladas, cuando próximas

las ferias trasladaban allá los bancos, y sin ellos quedaba el Muelle hasta que después de los festejos en la Alameda y Sardinero, volvían a su primitivo sitio una corta temporada, y... vaya la apoteosis de los bancos de esta historia:

Por el año 1882 se celebraban en la Albe-  
ricia carreras de caballos, como festejo de  
verano. Un grupo de jóvenes entonces, de  
nuestra buena sociedad, don Federico de  
Vial, don Luis R. de la Escalera, don Nico-  
lás Maroto, don Alberto Gutiérrez Vélez y  
otros siete u ocho más, deseaban asistir al  
espectáculo, pero dada la escasez de coches  
habilitaron lo que se llamaba «el carro del  
carbón». Era éste, largo y abierto, con cua-  
tro ruedas pequeñas y un pescante sobre  
patas de hierro. Iba tirado por dos burros  
en tronco y otro en volea y era propiedad  
de don Gregorio Mazarrasa, que le tenía  
destinado al transporte de carbones de sus  
almacenes. El carbón se colocaba en cestos  
en filas paralelas y superpuestas.

El día de las carreras se adecentaron  
carro y burros. El cochero, que era mejica-  
no, guiaba los burros desde el pescante  
vistiendo casaca verde con vueltas amari-



llas, pantalón azul y una original gorra, indumentaria que había lucido en los carnavales. En el centro del carro, en dirección a lo largo, se colocaron dos bancos de los «Amigos de los Pobres», bien amarrados uno a otro por sus respaldos y patas y en ellos tomaron asiento nuestros jóvenes camino de la Albericia. Arrancaron los burros al trote, pero agobiados por la carga pronto se pusieron al paso y más lento fué aún al aumentar el número de expedicionarios en la Segunda Alameda con un señor cojo, diputado a Cortes por Valladolid.

Al llegar a Peñas Morenas tuvieron que subir a pie la cuesta, luego volvieron al carro y en él hicieron su entrada triunfal en el hipódromo de La Albericia, sentados en los bancos de los «Amigos de los Pobres».



## LA PLAZA DE LA LEÑA

TRASLADÉMONOS un rato a la Plaza de la Esperanza en los tiempos en que se la llamaba «Plaza de la Leña» y recordemos algo de lo que había por los años 1880 al 82 en esos parajes, tranquilos casi siempre, y disfrutando del sol que baña la plaza y sus casas, que si no han tenido variación de importancia, en cambio la sufrió radical todo cuanto había frente a ellas.

Desapareció el convento, cuya fundación se atribuye a San Francisco de Asís. Era grande, modificado en 1687, y ocupaba con la iglesia y dependencias lo que ocupan aproximadamente el Palacio Municipal, la calle contigua al Norte, y el edificio mercado. El convento y la iglesia se extendían por casi todo el frente de la plaza.

Tuvo en sus tiempos más de sesenta re-

ligiosos franciscanos, de ellos buen número de estudiantes novicios, con cátedras de filosofía, teología, escolástica, moral y escritura, pero llegó la exclaustración y en el rodar de los tiempos, el convento se convirtió en cuartel y el toque de campana fué sustituido por el de corneta.

El cuartel conservaba el gran patio cerrado por pared de mampostería que avanzaba sobre la plaza, provisto de ventanas con rejas, a poco más de medio metro del suelo, por las que curioseaban las gentes lo que preparaban los rancheros para el alimento de la tropa. En el centro de la pared, una puerta grande de madera era la entrada principal, con las garitas para los centinelas a sus lados.

En el último piso fueron alojados años hacía algunos prisioneros carlistas, que llegaban aún después de terminada la segunda guerra civil y eran destinados al ejército de Cuba.

Ocuparon el ex convento de San Francisco, el batallón de Cazadores de Alba de Tormes, una sección de Lanceros y algunas oficinas militares.

Este batallón había estado en operaciones

durante la guerra civil en las provincias del Norte y terminada la guerra fué destinado a Santander. En él vinieron cumpliendo el servicio militar, y aquí se quedaron varios de los licenciados, que fueron luego don Eustaquio Cubero, conocido almacenista de coloniales, don José García, empleado en el Ayuntamiento, y don Manuel Zurita Miralles, de la provincia de Teruel, soldado escucha, tenedor de libros de la casa de don José María Ceballos, y taquillero de La Taurina, en 1892.

En la «Plaza de la Leña», esquina a la calle de Isabel II y próxima a la tapia del Cuartel (actualmente sería su emplazamiento cerca de ángulo N.E. del Mercado) estaba la fuente del Cubo para servicio público, conocida también por «Fuente de los frailes», nombre que tomaba seguramente por la vecindad del antiguo Convento. La constituía una robusta columna de proporciones algo exageradas, amazotada, labrada en piedra del sitio de Arnía, de Cueto, y terminaba en una alcachofa grande de bronce. Tenía distribuidas a su alrededor cuatro pilas, una debajo de cada caño y en cada una de ellas, puestas en el sentido de dentro a fuera dos



barras, o llantas para colocar sobre ellas las herradas en las que se recogía el agua despedida constantemente por sus cuatro caños. Las mujeres estaban sentadas en las bocas de las herradas guardando turno para llenarlas y formaban larga fila que comenzaba junto a la fuente, extendiéndose en línea recta o circular. Otra fila formaban las que traían botijos, cubos o cacharros, que llenaban en los caños para ello designados.

Esta fuente era una de las catorce que tenía la ciudad antes de que disfrutásemos del agua de la Molina y se la consideraba como una de las más abundantes. El caudal de agua era suficiente para abastecer las necesidades del barrio. Aforado en el año 1846 por el ingeniero municipal don Calixto Santa Cruz, arrojaba un volumen de 17,11 pulgadas cúbicas por segundo.

Este mismo señor, en un estudio de todas las fuentes de Santander propuso, y se llevó a efecto, mejorar la conducción de las aguas, haciendo la sustitución de las cañerías y estableciendo un ramal hasta la Plazuela de los Remedios, en donde se construyó una fuente de dos caños, de llave, y se condujo el agua sobrante por medio de un conducto



...y terminaba en una al-  
cachoja grande de bronce.

hasta empalmar con el que iba desde la fuente de Santa Clara a la del Puente.

Un caso curioso ocurrió por el año 1894. Una mañana se acercaron a la fuente unos obreros provistos de escala y madera de andamios, armaron éstos y procedieron a desmontar la alcachofa, remate de la fuente, que dadas las dimensiones y peso, era difícil de manejar. La desmontaron tranquilamente y se la llevaron sin que nadie pudiese sospechar lo que ocurría.

Presenció estas operaciones un concejal que vivía enfrente, a quien llamó la atención lo que hacían aquellos hombres, creyendo eran mandados por el Ayuntamiento, sin darse cuenta ni por lo más remoto que la quitaban para apoderarse de ella. Se denunció el caso a la policía, el concejal declaró e hizo cuanto pudo para recuperarla, pero fué todo inútil, no volvió a verse la alcachofa. Vino después el derribo de la fuente, y su piedra, es probable que haya servido para firme o grava de alguna carretera. Así terminó su vida la fuente del Cubo.

Toda la plaza estaba empedrada con canto rodado, que la hacía incómoda para pisar y acaso por aliviarnos aquellas molestias tenía

unas fajas de piedra labrada como de doble anchura de un adoquín, por las que se andaba haciendo equilibrios para no pisar los «cudones».

Por allí, acaso en el número tres de entonces, estaba el almacén de harinas de don Desiderio Santocildes y en el entrante o rinconada que forman las casas cerca de la calle de la Concordia, en la que tiene el número cinco, estaba desde el año 1844 y aún continúa el horno de la confitería fundada en la misma fecha, que era de don Venancio Eguía, hoy de su hijo don José. En el primer descanso de la escalera, hay una puerta de paso al sitio en que está el horno casi centenario.

En el primer piso vivía el P. Mariano, burgalés, párroco de San Francisco, religioso franciscano exclaustrado, santo varón de venerable figura, calvo, que usaba alzacuello bordado de abalorios. Era confesor de mi madre, tenía buena amistad con mis padres y en algunas ocasiones le hacía yo una visita al ir a examinarme al Instituto. Su casa era pequeña, todo limpio, humilde y ordenado. Del recibidor se pasaba a una salita amueblada con una sillería de rejilla y madera



negra curvada, una alfombra pequeña frente al sofá y un cuadro de asunto religioso; a continuación, por una puerta falsa, el despacho austero y agradable del P. Mariano, en el que había una sencilla mesa de escribir y el sillón correspondiente, una librería y algunas sillas. Nada tenía de más, ni faltaba lo necesario. Un balcón a la Plaza de la Esperanza y una puerta que comunicaba con la alcoba del exclausturado. El P. Mariano me trataba siempre con los máximos honores. Al verme entrar y sin disponer de otra campanilla más que la de su garganta, llamaba gritando:

—¡Visitación!

—¡Mande, señor!—contestaba no sé desde dónde una agradable voz femenina, y Visitación, que era la sirvienta, se presentaba limpia y complaciente.

—Mira, pon a éste un huevo frito y vino, que se va a examinar; hazlo pronto, que tiene prisa.

En un periquete quedaba la orden cumplida y aquella buena mujer ponía sobre la mesa del comedor, tan limpio como el resto de la casa, un plato con el huevo frito y junto a él, medio vasito de vino tinto y un

trozo de pan. A las diez y media de la mañana, ¡qué rico estaba! Yo disfrutaba del festín y de la buena impresión que me producían los ánimos que el P. Mariano me proporcionaba en aquellos momentos, pero tenía prisa, pues era mi temor no estar en el Instituto cuando me llamasen a examen.

—¡Qué jinojo!—decía el P. Mariano—. Toma ese huevo con calma, todavía tienes tiempo y nada te pasará con esos catedráticos.

Y me contaba algún chascarrillo para entretenerme y hacer más llevadero lo que se me venía encima, pero al salir de aquella casa y dirigirme al antiguo Instituto, en la calle de Santa Clara, el ánimo decaía de nuevo y volvía a clavarse en mi cabeza la visión que hacía quince días me perseguía, del tribunal togado preparado para examinarme. Yo veía a don Francisco Ganuza, a don Santos Landa y a don Jerónimo Lorenzo, que parecía esperaban amenazadores, firmado ya el «Suspenso» con sus fatales consecuencias. ¡Qué ratos pasaba!... Pero afortunadamente rara vez se confirmaron mis temores.

Tenía la Plaza de la Esperanza, y aún

queda como un eco, el nombre de «Plaza de la Leña», por verificarse allí el mercado de este combustible. Era y sigue siendo la Plaza que tienen muchas poblaciones para su mercado semanal, típicas cada cual a su manera, a la que van a parar productos agrícolas de la provincia y algunos de industria rudimentaria. Santander, población reducida entonces, no tenía su mercado la importancia que hoy tiene, y poco de particular había en él sin que por eso faltasen abundantes quesucos de pasiega y el famoso pan de álaga.

La concurrencia de carros, carretas, carrioches y pollinos era grande; no había otro medio de transporte que los de la bahía y el ferrocarril del Norte, y por eso las carretas eran las que daban el contingente mayor de mercancía para la plaza.

En carretas aldeanas, con ruedas que producían fuerte chirrido al girar de sus ejes, tiradas por vacas pequeñas o por bueyes, venían mercancías para la venta en la plaza, que se colocaban en montones grandes o pequeños en sus puestos. Otras carretas con sus adrales, llegaban cargadas de leña, o de carbón de encina llamado también de

madera, en sacos de tela muy ordinaria, de cuadros blancos y negros, que desocupados eran aprovechados para mantas de los bueyes, y con todas estas cosas venía hoja seca de maíz para jergones en unas como sábanas muy limpias, cogidas por sus cuatro puntas formando saco, y muchas veces, de Escobedo de Camargo u otros pueblos, he-lecho seco en coloños pequeños, que se vendían para encender la lumbre en las casas y en los hornos de las panaderías; y en carros grandes con bueyes grandes también, muchas patatas de Soncillo.

Precisamente junto al portal del P. Mariano era la suelta de aquellas carretas y carros, que allí acampaban. Se desuncían los bueyes que sujetos al carro por un ramal y sentados, o en pie pasaban la mañana rumiando la hierba seca que traían para su alimento y defendiéndose en verano a fuerza de patadas, coletazos y sacudidas de cabeza, de las abundantes moscas que rondaban por aquellos alrededores. Los burros, en cantidad considerable y tampoco exentos de moscas, quedaban amarrados a la reja de las ventanas del cuartel, hasta que terminadas las faenas del mercado volvían a sus



pueblos y a sus pesebres con el deber cumplido.

Esto y poco más había en el «Mercado de la Leña» en aquellos tiempos.



## POR AQUELLOS BARRIOS

ESTABA el antiguo Matadero en la llamada «Plaza de la Leña», cuyo nombre oficial era de la Esperanza, adosado a la tapia de los señores de Escalante, en la esquina, ya en el arranque de la calle de la Concordia; edificio de no grandes dimensiones y de construcción ligera: casi una tejavana, rectangular, de tres fachadas, puesto que la cuarta era prestada. Tenía la puerta por la calle de la Concordia y por ella se bajaba a una escalera que terminaba en el suelo del Matadero, como a setenta centímetros más bajo que la calle.

Adosada a la fachada Sur hacia la calle del Correo, hoy de Amós de Escalante, hubo en sus tiempos una fragua pequeña y paralelo a ella, en el mismo edificio, un local cerrado en que estaban los perros que se

recogían sin bozal en la calle; vecindario formado por una colonia de veinte a treinta canes que unas veces por sed, otras por hambre y otras por aburrimiento, ladraban todos a una como pidiendo que cesara ya su cautiverio.

En el Matadero, a las diez de la mañana, se tocaba una campanilla que avisaba para que los matarifes diesen la puntilla a las reses dispuestas para sacrificar en el día; luego a ciertas horas en las que se abrían para su ventilación puerta y ventanas, presentábase a la vista de los que por allí pasaban un espectáculo propio de todo matadero, pero macabro al fin, de vacas desolladas, abiertas en canal, sin cabeza y sin rabo, cortadas por la mitad patas y manos, colgadas del techo por lo que quedaba de las patas, valiéndose de aparejos, y en la misma espeluznante forma cerdos, corderos y cabritos ocupando casi todo el local.

Desde años antes, allá por el 1871, tenía el matadero su clientela de enfermos que acudían en busca de remedio a sus enfermedades. Mujeres provistas de vasos de vidrio ordinario, de un cuartillo, iban a recoger la sangre caliente que salía de las

reses vacunas recién sacrificadas, bebiéndola como medicamento inmediatamente después de recogida; la demanda hacía que se viesen las consumidoras precisadas a guardar cola. Acudían además al matadero niños enfermos a quienes para su curación les metían durante media hora el cuerpo hasta el pescuezo, o algún miembro enfermo, en la broza que se extraía del aparato digestivo de las reses muertas cuando ya estaba reunida en una pila para sacarla del matadero y se decía de este «remedio» que era de gran eficacia, especialmente contra el raquitismo. No era raro tampoco, emplear para combatir el reuma y otros padecimientos el agua de cocer los callos y las patas, bañando con ella las partes más necesitadas de curación. Años después, fueron prohibidas algunas de estas costumbres, y otras cayeron en desuso.

Fuera del matadero quedaban dos monumentales carros que hasta hace pocos años hemos visto rodar por las calles, en los que se llevaba la carne a los mercados; eran largos, altos, cerrados, con cuatro ruedas pequeñas, dispuestos para ser tirados por bueyes, que tan airoso papel por su celeridad y limpieza han desempeñado en la his-



toria del transporte santanderino. La altura interior de los carros era lo que pedía el sitio para una res colgada de su cubierta. En sus frentes decía «Transporte de carnes».

Frente al matadero, al otro lado de la calle de la Concordia, en donde está la Casa de Socorro, había un lavadero público llamado «río del Cubo» y se llamaba río porque así denomina el vulgo a los lavaderos. Este, que ya existía en 1860, era abierto por la parte que daba a la calle y sin que las paredes llegasen al tejado, con el fin de conservar la ventilación. Tenía bastante capacidad y la puerta, por la Concordia, en el lado estrecho del rectángulo que formaba. El agua entraba en el pilón por la parte Norte y como quiera que era poca y las lavanderas muchas, estaba siempre sucia y con mucha espuma que se detenía en el desagüe. La limpieza se hacía cada ocho días dejándole seco, pero luego para llenarse pasaban bastantes horas, debido a lo escaso del agua que recibía.

La del lavadero, solía ser gente bulliciosa y algunas veces más de lo conveniente. A grito pelado se cantaba esta u otras canciones:

Si me quieres dímelo  
y si no di que me *vaiga*  
no me tengas al sereno  
que no soy cántaro de agua.

Se hablaba de todo y a toda voz y mientras unas lavaban dando fuertes golpes con la ropa mojada en la piedra de lavar, otras, entraban o salían llevando las maseras en la cabeza con la ropa sucia o limpia, produciendo con el chancleteo y tarugos de las albarcas el ruido santanderino tan conocido. Luego, por aquello de que si fuiste tú, o fué «la borrachona de la tu vecina», surgía una regular pelotera de las que se armaban en Santander, en lo que teníamos bien ganada fama, que soliviantaba medio lavadero y terminaba en forma trágica más o menos pronunciada. Esto era casi diario.

No faltaban, sin embargo, quienes a las tres de la mañana comenzaban a lavar para aprovecharse del agua más limpia, y volver pronto a su casa.

Después que las mujeres concluían su labor, entraban los chicos y recogían a veces monedas de dos cuartos y de medio real que por el suelo quedaban, acaso caídas de ropa que se lavaba.

Paralelo al lavadero, y un poco más arriba, siguiendo la calle y tan largo como él, había un abrevadero. Allí se reunían los bueyes de las cuadras cercanas y los que traían las carretas al mercado de la «Plaza de la Leña», los caballos de los coches de alquiler que tenían sus cuadras en la calle de Cervantes, los mulos de los carromatos y de los arrieros de la misma calle, los caballos que con sus jinetes pasaban por la Concordia, burros y hasta perros que bebían el agua que caía al suelo y formaba charcos pequeños.

Aún había más en aquel conjunto de construcciones, y era el edificio de una planta, más moderno que los otros muy próximo al lavadero, a espalda de éste y un poco más arriba, en el que las mondongueras ofrecían los despojos de reses que recogían y limpiaban en el Matadero y que llevaban al edificio citado en donde los vendían a peso en las antiguas romanas.

No faltaba allí tampoco animación, dada por aquellas mujeres con las maseras en la cabeza, yendo y viniendo, calzando albarcas como sus vecinas las de más abajo, armando también sus grescas o en bulliciosas conversaciones, riendo y cantando:

Santander, puerto de mar.  
¡Cuánto *sospiro* me debes!  
¡Cuántas veces he pisado  
la sombra de tus paredes!

No hay supervivientes de los empleados en este Matadero de la Concordia, ni de las tripicalleras de entonces. Se cree que de éstas ninguna fué al actual Matadero y si hay alguna veterana como la señora Fermina y otras, éstas fueron ya de las entradas en el Matadero actual; mujeres todas muy trabajadoras y buenas administradoras de su hacienda.

Había un hombre que parecía la autoridad suprema de la Plaza de la Esperanza y sus contornos: un barrendero, el tío Melitón, buen hombre, alto, delgado, moreno, y vestido de manera original: usaba americana, su parte delantera y sus piernas cubiertas con piel blanca de cordero, polainas, y muchas veces albarcas. Cubría su cabeza con una gorra de piel negra de cordero, como se usaban en Castilla, pasó luego a un sombrero ancho, redondo y al fin se puso una «bimba» en ocasiones abollada; le vi algunas veces. Manejaba la escoba con destreza y si era preciso hacía valer



su autoridad. Tenía un auxiliar, Bautista, y no sólo barrían la Plaza de la Esperanza, limpiaban también el pilón y el lavadero y aún sospecho que desempeñaban algunos otros menesteres con los perros y en el Matadero.

Sucedían estas cosas hacia los años 1879 al 81 y en otros posteriores, y no las cuento por censurar a Santander, ni a los Ayuntamientos que teníamos; las cuento como eran, sin otra intención que recordar tiempos pasados, pero no se pierda de vista que a pesar de la cantidad de moscas que rondaban a los bueyes y vacas en la Plaza de la Esperanza en los días de mercado, de la suciedad que dejaban éstos en el suelo, de las reses muertas en el Matadero, de los animales que bebían en el pilón, de la ropa sucia del lavadero, del mal olor de éste, de carecer de agua puesto que no teníamos aún la de la Molina, de los perros presos, de los procedimientos curativos que se empleaban en el Matadero, del sol poniente que en aquel sitio picaba fuerte en verano y de los escobazos del tío Melitón en las cuatro estaciones del año, reunido todo ello en



*Manejaba la escoba con destreza y si era preciso hacia valer su autoridad.*

espacio reducido y bien contrario a la higiene, no era la salud todo lo mala que podía esperarse; cierto que en 1882 hubo epidemia de viruela y en 1885 el cólera hizo lo suyo, pero el cólera fué en toda la nación. La población venía en aumento constante de vecindario y no era posible proveer con rapidez a sus necesidades.

Pocos años antes, en 1874 tenía Santander 38.000 habitantes y en aquel reducido matadero se habían sacrificado 8.872 reses vacunas y 12.254 entre cerdos y animales menores, haciendo un total de 21.126 reses que aparte de los matarifes, tenía sólo cuatro empleados que eran veedor, administrador, auxiliar de éste y un encargado de la limpieza.

En 1893 aproximadamente, se construyó el actual, amplio y de buenas condiciones higiénicas; las mondongueras quedaron muy bien instaladas en los bajos del Mercado de la Esperanza, con mármol en sus puestos y abundante agua y el lavadero se trasladó a la Vía Cornelia, cómodo y con agua corriente.

He terminado, y si en la visita que hemos

hecho a estos barrios hemos tropezado con algo no muy agradable, estas cosas ya pasaron; en otras partes las habría peores, que no tendría Santander la exclusiva.





## LA BANDA DE INGENIEROS

### I

#### PRIMERAS ACTUACIONES

ERA la que se conservaba de las cuatro correspondientes a los cuatro regimientos de Zapadores Minadores. El ministro de la Guerra, general López Domínguez, disolvió tres de estas bandas en 1885, dejando solamente una, que había de residir en Madrid, y así, la que allí estaba quedó agregada, como única del Cuerpo, al regimiento de Zapadores que había de guarnición. Su músico mayor era don Narciso Maimó, que por cierto veraneaba en el Astillero; excelente director que en la Exposición Universal de París, en 1867, obtuvo un premio con su banda. Don Amadeo de Saboya le sentaba a su mesa y le

concedió la cruz de la Orden de María Victoria con tratamiento de Ilustrísima.

Don Eduardo López Juarranz había ingresado por oposición en 1876 como músico mayor, procedente de la clase de paisanos, en la banda del regimiento que guarnecía Sevilla, pasando luego a sustituir a su buen amigo Maimó al cesar en la de Madrid, por haberse retirado éste. Bajo la inteligente dirección de Juarranz, la banda continuó mejorando y obtuvo un primer premio y medalla de oro en un certamen internacional celebrado en Bayona en 1883.

Había hecho sus estudios de música con el celebrado compositor don Emilio de Arrieta y fué pronto un músico notable, autor de bastantes obras premiadas como el «Himno a las Artes», la «Cantata a Santa Teresa» y otras muchas de gran relieve e inspiración. Sus pasodobles de género español, en los que era especialista, como «¡Viva mi Tierra!», para desfile, premiado con medalla de oro, «La Torre del Oro» y otras celebérrimas marchas muy popularizadas, son animadas y exentas de la vulgaridad en la que tan fácil es caer en ese género; dígalo su otro pasodoble «La Giralda», de verdadera ins-

piración, acaso una de sus primeras composiciones y probablemente la mejor, delicada y fina obra maestra que bien pronto tomó vuelos, y que la banda bordaba.

La música de Juarranz era fresca y limpia, muy suya, propia de aquella banda militar y española con la que Juarranz estaba tan identificado como la banda con su maestro.

Algunos veranos había tocado en San Sebastián, y en el año 1886 los «Amigos de los Pobres» la contrataron para animar el veraneo, y a Santander llegó la brillante banda precedida de envidiable y bien ganada fama y esperada con impaciencia por todo el pueblo.

Era la mejor banda española, numerosa, formada por cincuenta profesores. Vestían aquellos músicos soldados el honroso uniforme del Cuerpo a que pertenecían, modelo de lealtad, nobleza y disciplina, que tenía por patrono a un santo español, San Fernando, y ostentaban en los cuellos de sus guerreras los castillos, emblema del Cuerpo, cuyas banderas y estandartes de sus regimientos eran del mismo color que el pendón morado de Castilla.



Se alojaron en el primer piso de la casa llamada de la «Media luna», detrás de la iglesia de Santa Lucía.

Venía cumpliendo su servicio militar en la banda, un santanderino, Manuel Agudo Solana, encargado de la distribución de papeles a los músicos. Años después perteneció a la cuerda de bajos del Orfeón Cantabria, y murió siendo alto empleado en la casa de don Enrique Plasencia.

Había llegado la banda el día 2 de julio por la tarde, procedente de Madrid, y apenas quitado el polvo del camino, a las diez de la noche, obsequia con una serenata al gobernador militar. Está el Gobierno en la Plaza de Cañadío, que se encuentra invadida por inmensa concurrencia; los músicos ocupan sus puestos frente a los atriles, Juarranz avisa con los golpecitos de la batuta a su gente y lanza ésta las limpias notas de «La Giralda», que es escuchada en medio de un gran silencio. Luego «La Marcha Indiana», de Sellenik, y otras obras cuya terminación se saluda con aplausos. La banda había roto el hielo y desde este momento se adueña de los santanderinos, que la escuchan con verdadero deleite.



... Juarranz avisa con los golpecitos de la batuta a su gente...

El día siguiente da un concierto en el Circo Ecuestre del Reganche con una concurrencia que agotó las localidades. En la primera parte, una gavota de Juarranz, «Recuerdos de un sarao», levanta una tempestad de aplausos y pide el público su repetición. Todo el programa es magistralmente interpretado.

Pronto se hicieron populares el director y los músicos; siempre se les miraba con simpatía. Unos días después de su llegada, «*El Atlántico*» les dedicó un artículo del que parte de sus frases y palabras se conservan en la memoria de algunos santanderinos. Decía: ...«se oye exclamar a la gente del pueblo:—¡Hombre, que Juan Herranz éste! ¡Es mucho éste Juan Herranz!»

Y la popularidad del maestro hace que muchos no se contenten con dar sabor montañés a su apellido, sino que le llaman don Juan, como si así se nombrase.

La dirección de la banda no puede ser mejor de lo que es, pero la componen profesores que merecen igual aplauso. Tan notables nos parecen ellos y su director, que creemos en verdad que más que música de ingenieros, son ingenieros de música».

Poco después le vi de cerca. Una tarde habían comenzado su concierto en el Sardinero, pero la lluvia menuda que fué aumentando hizo que los músicos recogiesen sus atriles y tomaran el tranvía de Gandarillas para trasladarse a Santander. Fuí a parar a uno de aquellos coches cerrados que llamaban «interiores», en el que acababa de entrar Juarranz con don Abencio Cárabes, ilustre abogado montañés. Era de regular estatura, bien conformado, barba recortada color castaño, simpático y muy afable. El uniforme le «caía» bien y usaba como prenda de cabeza la gorra teresiana reglamentaria para los oficiales. Comentaba agradecido y en sentido humorístico el artículo de «*El Atlántico*» y pronto la conversación se generalizó en el coche. Además de su cultura, demostraba gran sencillez en su carácter.

Tocaba la banda en la Plaza de la Libertad de nueve a once de la noche, y los días festivos también de once a una de la tarde, algunos días de la semana en el Sardinero y acaso porque otros barrios disfrutasen de ella se la llevó una noche a la Primera Alameda, pero el sitio resultó estrecho para contener tanta gente como asistió, teniendo



en cuenta que los bancos para el público y los atriles de la música ocupaban mucho espacio en perjuicio del paseo.

Santander demostraba buen gusto artístico; aquel verano se distinguió por la abundancia de música. El primer domingo de septiembre se celebró una fiesta musical en la Plaza de Toros del Paseo de la Concepción; tomaron parte la banda de Ingenieros, la del Regimiento de Bailén que guarnecía Santander y la Municipal, con un total de ciento cuarenta músicos y un público que se calculó en siete mil personas. En agosto, vino Sarasate al Casino a dar un concierto.

Hospedóse el gran violinista en el Hotel Francisca Gómez, en el Muelle, en la casa hoy del Banco de Santander; Juarranz dispuso una serenata y en seguida se organizó un animado paseo.

Formaba parte de la banda el flautín, Enrique Alegre, que se destacaba por sus habilidades musicales. Nuestro paisano don Raimundo J. Heras, compuso un vals obligado de tal instrumento que dedicó a Juarranz; se llamaba «El Canario»; pero Alegre dominaba todas aquellas filigranas que le

importaban muy poco. En el Casino, en un concierto de la banda, el flautín fué ovacionado nuevamente y se pidió la repetición de la pieza.

Juarranz dedicó a Santander la marcha de concierto «Lealtad y Decisión», la polka «La Montaña» y un «Potpourri humorístico».

La orquesta del Casino tocaba también sus obras, y en el último concierto de aquel año estrenó una gavota suya, «La Coqueta», agradable como todas.

Asistió a las ferias por las noches, a corridas de toros y a cuantos festejos era solicitada y así su trabajo fué grande, pero estaba compesando porque este pueblo bueno y noble había estrechado su amistad con ella y no la abandonaba. Su gran labor estuvo en las veladas de la Plazuela, de las que me ocuparé, así como del concierto de despedida en el Circo; esto y la última velada fueron actos grandiosos que cerraron con broche de oro la estancia de la banda de Ingenieros en Santander.

## II

## LAS VELADAS EN LA PLAZUELA

LA Plazuela era el nombre con que se la conocía, sin perjuicio de que tuviese el oficial de la Libertad y los no oficiales de Botín y de Pombo, en atención a los propietarios de las casas que la rodean. Estaba por hacer el Paseo de Pereda, que era entonces el Muelle, y por eso la Plazuela fué lugar obligado de veladas y paseo. Situada en la parte nueva de la población, reunía una nota de buen tono, y de ahí que fuese elegida para las veladas de la banda de Ingenieros.

Dieron comienzo el día 4 de julio, en que se celebró la primera a las nueve de la noche. La banda tocó en el suelo así como los días que siguieron, por no haberse terminado el templete. Fué un buen éxito. La gente ocupó toda la plazuela, hubo muchos y entusiastas aplausos y adquirieron mayor importancia desde la noche en que el templete se estrenó. Quedó éste muy bien



y de agradable aspecto. A sus lados Este y Oeste se hacían dos grandes espacios acotados por los bancos de los «Amigos de los Pobres». Tenían el asiento de cara al paseo que se formaba, y en tales espacios, como dos grandes salones, se colocaban sillas adquiridas en buen número; eran plegables, de armazón de hierro con tres tabletas para el asiento y otras dos o tres en el respaldo, pintadas de verde oscuro. El público escogido se posesionó de aquellos espacios, que los ocupaba en su totalidad, siendo pronto insuficientes.

Estaba la Plazuela bien iluminada; la luz de gas del templete y de los grandes candelabros en el centro de los espacios ocupados por las sillas, se esparcía abundante sobre la concurrencia. Colocábanse aquéllas a voluntad de sus ocupantes, que formaban animadas tertulias, a las que nunca faltó nuestra buena sociedad. Forasteros y santanderinos allí se reunían en familia escuchando las notas con que Juarranz nos obsequiaba. El vestir bien de las señoras, tocadas con sombreros vistosos; las jovencitas con su «coleta» recogida atrás y sujeta con un lazo grande de seda negra, próximas

a ponerse «de largo» y a dar sus primeros pasos en el mundo; las que habían comenzado a darlos cuya buena fama, honra de sus padres, era bien notoria aún fuera de Santander y unas y otras y todas, vestidas con elegancia y buen gusto, manejando sus abanicos que abiertos o cerrados se movían acá o allá, formaba un conjunto de seriedad y buen tono. El sexo fuerte no dejaba tampoco de dar lo suyo luciendo la corbata comprada en la casa de Florencio Martiñena, en la Plaza Vieja, o el traje hecho por Sayer, sastre alemán, o por Lorenzo Martínez, los dos también en la misma plaza. Los bancos que formaban el cerco estaban siempre ocupados y alrededor de ellos, así como debajo de los árboles, se formaba el paseo. Los andenes eran lugar de más bullicio, producido por la gente moza. En la Plazuela estaban reunidas todas las clases sociales, que siempre se trataron mutuamente con el debido respeto, y todas asistían con la mayor corrección a tan agradables veladas.

Cuanto la banda tocaba era escuchado con la mayor atención. «As de Oros», «Regente», «Poeta y Aldeano» y tantas fanta



sías de óperas y zarzuelas bien conocidas, pero tocadas con ejecución irreprochable, parecían cosa nueva. Téngase en cuenta que Juarranz fué considerado como uno de los mejores directores de banda que habían existido entonces; su batuta hacía prodigios, era la varita mágica que arrastraba tras de sí al pueblo. La colección de obras que tocaron era extensa y muy a propósito para la labor que desarrollaron. Cerca de veinte eran escritas por Juarranz, según apuntes que tengo.

No hacía falta que se nos llamase desde las columnas de «*El Atlántico*» contándonos los prodigios de Juarranz y de sus hombres, para llenar la Plazuela; no, lo que hizo falta fué mayor espacio. Cada noche aumentaba el público atraído algunas por las novedades que Juarranz nos ofrecía. En una velada se estrenó un «Potpourri humorístico», escrito por el director de la banda, dedicado a Santander, prueba de galantería de aquel caballero que deseaba corresponder al pueblo que tanto le aplaudía. Era música descriptiva imitando los ruidos de la feria, de pitos, organillos, las campanas de las rifas y tantas cosas que regocijaron al pú-

blico. Se hizo imposible el paseo por la Plazuela, el público no cabía; días después se repitió y nuevamente fué ovacionado. Siempre había algún pretexto para asistir y si no le había se inventaba.

Así se animaba la Plazuela y tal afición se había tomado a las veladas, que allá se iba, con asombro de forasteros, aunque hubiese llovido durante el día; verdad es que sucedió contadas veces, pero la gente asistía mientras no abriese el paraguas. Sin embargo, llegó el día en que las veladas tocaban a su fin. Las personas graves se quejaban del relente; el suelo parecía húmedo, los árboles enfriaban.

—Esto ya no está para todos—decían—, y las señoras echaban las esclavinas sobre sus hombros, haciendo lo mismo los caballeros con sus claros abrigos veraniegos. Se hacía sentir el fresquecillo de la noche. La función terminaba, el telón iba a bajar, el desfile se iniciaba primero y ni los vales de «La Tempestad», tan bien ejecutados conseguían contener la emigración; estábamos perdidos. La última velada se anunció para el 15 de septiembre. Aquella noche fué el delirio... La marcha sobre la Plazuela



era un hecho; de todas partes afluíá gente, muchos provistos de sillas altas o bajas, bancos, banquetas, cajas, o cualquier artefacto propio para sentarse, con lo que se ocuparon en seguida parte de las aceras; luego con los que estaban en pie inmóviles, los unos por no perder el sitio y los otros por no tenerlo mejor, era imposible moverse, el paseo estaba interrumpido. Los balcones y miradores que daban a la Plazuela, también aparecían ocupados, lo mismo que la calle. Pocos meses hace, recordando con un amigo estas cosas, me dijo:

—Nosotros fuimos todos los de casa. ¿Cómo andaría ello?

Estaba en el programa la «Batalla de Inkerman», que se había ya tocado dos veces en el Sardinero y de la que se hablaba mucho, pero no se había hecho con tanto detalle como ahora se anunciaba. El programa era éste:

- 1.º—La Giralda (pasodoble).—Juarranz.
  - 2.º—Sinfonía de Mignon.—Thomas.
  - 3.º—Batalla de Inkerman.—Llorente.
- Compuesta de los números siguientes: a) El

amanecer.—b) Canto de los campesinos.—c) Llamada y batalla.—d) Plegaria y lamentamiento de los heridos.—e) Marcha fúnebre.

4.º—La Tempestad (valeses).—Chapí.

5.º—Colombina (minuetto).—Delahaye.

6.º—As de Oros (polka).—Martí.

La velada comenzó a la hora anunciada, el murmullo de la multitud cesó al iniciarse la primera pieza que fué repetida entre aclamaciones, y llegó el turno a la «Batalla de Inkerman», que según cuenta la historia, se libró en los alrededores de Sebastopol, importante población de Rusia, durante la guerra de Crimea, en 1854, y en la que tomaron parte regimientos ingleses, franceses y rusos.

La banda la tocó tan bien como sabía hacerlo. En sitio alejado del templete se colocó un bombo que a los golpes imitaba los disparos del cañón; en algún balcón de las casas que rodean la Plazuela se oían tambores, en otros, cornetas o clarines, cerca unas veces, y lejos otras, que indicaban la colocación de las tropas en la batalla

y hasta descargas de fusilería decían hubo desde alguna casa. «La Batalla de Inkerman» fué un éxito grande.

Los Ingenieros cumplieron su programa hasta la terminación, sin que cesaran los aplausos, los vivas y los gritos; el público pedía la repetición de casi todas las piezas. La satisfacción de haberles escuchado durante el verano y ahora el dolor de la despedida produjeron la explosión de afecto que había venido formándose desde que la banda llegó a Santander.

A las doce nos retirábamos de la Plazuela, luego... en el silencio de la noche empezaron a oírse por todas partes los llamadores de los portales, las palmadas a los serenos y el ruido de las llaves en los llaveros de éstos; media hora después todo era silencio.

Un poco de consuelo nos quedaba: era el concierto de despedida que a la noche siguiente daría la banda en el Circo del Reganche...

## III

## UN CONCIERTO INOLVIDABLE

SI fiestas hemos tenido en Santander en las que hayamos demostrado entusiasmo, no puede excluirse de ellas el concierto de despedida de la Banda de Ingenieros, que se celebró el 16 de septiembre de 1886 en el Circo del Reganche, en donde están hoy las últimas casas de la calle de Burgos y la Plaza de Numancia.

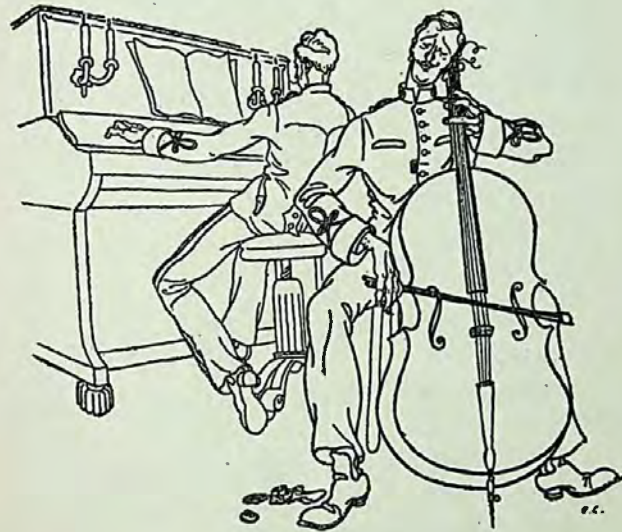
Dos meses y medio estuvo entre nosotros la Banda, y durante ese tiempo recibió pruebas de afecto y constantes ovaciones y por eso no debo pasar por alto la última, que fué digno remate de aquella marcha triunfal que hizo por Santander, pero no me gustaría que los lectores pusieran mala cara al tener que soportar el tercer capítulo acerca del mismo tema. Perdonen, si así fuese. Quisiera yo que estas cosas pasadas que cuento sirviesen de entretenimiento y enseñanza, y no de fastidio.

Para las ocho y media de la noche se



anunció el concierto; a esa hora estaban completamente llenos palcos, plateas, gradas, sillas que se colocaron en la pista y cuantos huecos y puertas pudiesen dar cabida a una persona. Allí estaba el público elegante que movía la almibarada pluma de Casa Ajena (Enrique Menéndez) y aquel otro más humilde igualmente sano de corazón. No cabía más gente, ni más entusiasmo, ni se recordaba un lleno como aquél.

Considerable número de señoras y señoritas, conocidas en nuestra buena sociedad, que habían sido obsequiadas a la entrada, con ramos de flores que Juarranz, siempre caballero, las dedicaba, ocupaban localidades en el Circo, deseando contribuir a la despedida de la banda. Muchas de ellas, jóvenes peregrinas de la vida entonces, son respetables abuelas o madres unas, religiosas otras, y no faltaba en el grupo quien figura hoy entre los novelistas españoles. Eran ellas las señoras y señoritas de Abarca, Herrera, Pintó, Cortiguera, Peláez, Mazzarasa, Igual, Zumelzu, Gutiérrez Cueto, Paz, Ceballos, Faci, Aparicio, Pardo, Castanedo, Fernández Baladrón, Camporredondo, Cabrero, Corral, Gutiérrez Góngora, Bé-



*Dos profesores de la banda  
tocando uno el piano y otro  
el violoncello...*

dia, Pintado, Hevia, Abascal, Maraña, Zorrilla, Campos Guereta, Corpas, Hoppe, Pedraja, García del Moral, Cedrún, Illera, de la Fuente, Gamba, Espina, Aldalur y tantas otras. Esperaban todos impacientes la ejecución de este atrayente programa con el que la banda se despedía:

### PRIMERA PARTE

Lealtad y decisión (marcha de concierto).—Juarranz.

Barcarola (para piano y violoncello).—Zabala.

Sinfonía de Guillermo Tell.—Rosini.

### SEGUNDA PARTE

Serenata Morisca.—Chapí.

La Coqueta (gavota).—Juarranz.

Minuetto.—Bolzoni.

### TERCERA PARTE

Variaciones de Sonámbula (para flauta).—Bellini.

Ave María (para violoncello, piano y banda).—Gounod.

En la meseta que ocupaba ordinariamente la música del Circo había una presidencia formada por los señores Gayé, Quevedo, Blanchard, Calderón de la Barca, Maraña y acaso algún otro, representando a las Sociedades Círculo de Recreo, Club de Regatas y Amigos de los Pobres. Apenas hicieron su entrada y la banda se colocó en su puesto, comenzó a manifestarse el entusiasmo del público, que aumentó al aparecer los conserjes de las sociedades citadas, siendo portadores de los regalos para Juarranz. Fueron éstos un precioso reloj de mesa simulando un faro, obsequio de sus admiradores del Círculo de Recreo. Una valiosa batuta de ébano con bonitos cabos de oro y una placa en el centro que tenía las iniciales del maestro con chispas de diamantes, encerrada en una caja que ostentaba una chapla de plata en la que llevaba la dedicatoria y, por fin, un hermoso ramo de flores de los Amigos de los Pobres, acompañado de una tarjeta que decía: —«A doña Luisa Alba de Juarranz».

Cuando cesaron los bravos y las aclamaciones, don José Estrañi leyó una compo-



sición de don Ricardo Olarán, dirigida a la batuta, de la que son estas estrofas:

Nunca la muevan tus manos  
si en combates inhumanos  
en nuestra nación bendita,  
a morir clama y excita  
lucha bárbara de hermanos.

Mas si a enaltecer la historia  
patria en ínclita victoria  
se alce y gire en rauda vuelo...  
Que entonces la blanda el Cielo  
al compás de nuestra gloria.

Sólo a tocarla se atreva  
mano que tan bien la lleva  
y en honra del arte gire.  
El rencor. ¡Que no la mueva!  
el odio. ¡Que no la inspire!

Tras una formidable salva de aplausos, se desarrolló luego el concierto, que fué una ovación continuada. Lo mismo la Sinfonía de Guillermo Tell, que la Serenata Morisca, que cuanto estaba en el programa, se ejecutó admirablemente.

Dos profesores de la banda, tocando uno el piano y otro el violoncello, colocados en el centro del circo, nos hicieron oír «Barcarola», de Zabala, que fué repetida a petición del público, y con el mismo entusias-



*Forasteros y santanderinos  
allí se reúnan en familia  
escuchando las notas...*

mo fueron acogidas las «Variaciones de Sonámbula», de Bellini, que valió al flautín Alegre una nueva ovación sobre las que ya llevaba cosechadas, teniendo que someterse a la repetición.

La banda, acompañada de piano y violoncello, tocó la sentida plegaria de Gounod, «Ave María», con una ejecución como de la mejor orquesta, escuchada por el público con religioso silencio.

Durante los intermedios había una verdadera lucha en medio de grandes apretones de gente por llegar al cuarto en el que recibía Juarranz las felicitaciones y obsequiaba como podía a sus visitantes con vinos, pasteles y «habanos». Era una avalancha la que quería abrazarle. ¡Qué simpático era todo aquello!

Terminado el concierto, estalló una nueva ovación estruendosa que brotaba espontánea del corazón santanderino; se tocó «La Giralda», que enardeció más el entusiasmo. El público, puesto en pie, no quería marcharse y los músicos aunque cansados deseaban complacer; fué preciso que una parte del público se impusiera pidiendo descanso para aquellos hombres, pero esto no

fué obstáculo para que antes de enfundar sus instrumentos regalasen nuestros oídos con el pasodoble «Frascuero», de Juarranz, tan español y tan delicado.

Así terminó aquel concierto, que reunió todas las características de un acontecimiento y de una apoteosis, y así terminó la banda su actuación en Santander.

\* \* \*

Al día siguiente por la mañana, partió la banda de la Plaza Vieja, seguida de numeroso público, marchando airosa al son de las expresivas notas de «La Giralda», último adiós que daba a Santander, camino de la estación del Norte, para trasladarse a Oviedo, a las fiestas de San Mateo (no existía aún el ferrocarril Cantábrico).

Numerosas personas se habían colocado en el trayecto que la banda había de seguir; al pasar por la Plaza de Velarde, uno de los que formaban un grupo se dirigió a Juarranz y le entregó un mazo de puros, obsequio sencillo, pero expresivo, que demostraba hasta el último momento el afec-



to noble y franco que Santander profesaba a Juarranz y a su gente.

Luego... siguió Juarranz su brillante historial. En 1895 tomó la dirección de la banda de Alabarderos y bajo su mando ganó en París, en un certamen de bandas, la gran Medalla de Honor.

Dos años después moría prematuramente en Madrid, su pueblo natal, a los cincuenta y tres años de edad y veinticinco de servicios militares.

Descanse en paz el alma de aquel español, gran artista y soldado que tan en alto puso el nombre de la Patria que le vio nacer y que amorosa recogió los últimos latidos de su corazón.

Valgan estas líneas para rendirle un tributo de admiración y respeto.



«YA VERÁS CÓMO TE DIVIERTES  
ESTA NOCHE!»

CIPRIANO Osés fué un tintorero a quien se le conocía en Santander por estos tres nombres: el Tintorero, Cipriano Osés y Cipriano el Tintorero. Tenía, cuando yo le conocí, unos cincuenta años, y era alto, un poco encorvado hacia adelante y enjuto de carnes. Vivía con él y su mujer—padres de tres hijos—la madre política de Cipriano, mujer de edad avanzada, siendo de veta fuerte los tres miembros de mayor edad de la familia, que además revelaban sobriedad en todo: en alimento, en ropa, en vivienda y en costumbres. Eran navarros y Cipriano había sido administrador de la aduana carlista de Dacharinea, en la frontera franco-navarra, en los Pirineos, durante la segunda guerra civil, y terminada ésta

trasladóse a Santander con toda su familia.

El taller de tintorería estaba instalado en una tejavana que Cipriano hizo construir a sus expensas, en el llamado «Juego de Pelota», junto a la entonces calle de las Ánimas. La tienda o despacho de la tintorería y la vivienda de la familia se hallaban en la planta baja y en el único piso de una de las casitas antiguas que existían al lado Norte de la Alameda Primera, por donde está hoy la casa número diez.

Por cierto que, entonces, la Alameda lucía un hermoso arbolado, alto y frondoso, que fué luego talado y sustituido por los actuales plátanos, regalo del señor conde de las Bárcenas, y traídos de la posesión de su título. Hoy, por lo visto, se hallan amenazados de muerte como sus antecesores.

La tala fué de las que dejan memoria, y de ella cantó la célebre comparsa carnavalesca «El Cencerro»:

A la Alameda Primera  
la ha destrozado un ciclón,  
la poda de la arboleda  
ha sido de arte mayor.

—¡Qué dirías—cantó ayer  
un árbol de los de allí—

¡Oh, Alcalde de Santander  
si te podaran así!

Aquel horror  
al contemplar,  
cualquier muchacho  
se da a pensar:

—¡Si habrá creído  
don Lino, al fin  
que son satélites  
del Sanhedrín!

Es de advertir que el alcalde a quien en estos cantares se aludía era, por aquellos tiempos, don Lino de Villa Ceballos, y el Sanhedrín una agrupación política enemiga, en este sentido, de don Lino.

En una de aquellas casas del lado Norte antes citada estaba, como he dicho, el despacho o tienda de la tintorería, señalada, como todas las de su época, por una manga cónica, alargada, de bayeta roja, colocada a uno de los dos lados de la puerta de entrada—y a los dos si la tintorería era de rumbo—. Allí tenía todo lo necesario para su trabajo, entre otras cosas, unos bastidores grandes de madera, como de dos metros cuadrados, y clavada en ellos una tela ordinaria y fuerte, igual a la que se usaba para los jergones, blanca en el fondo y a



rayas anchas y estrechas, azules, formando cuadros. Se colocaban contra una pared o un árbol para secar al aire y al sol las telas recién teñidas, y si esto era un traje de hombre, aparecían separadas en el bastidor y cosidas a su tela todas las piezas que le formaban. Por un lado aparecía media manga; por otro una pernera; la americana en varios pedazos; el cuello y el chaleco, lo mismo; agregándose otras prendas menores, y haciendo todo ello el efecto de un hombre descuartizado, pues algunas veces no faltaba un par de guantes de hilo o de lana que parecían las manos de la víctima. Ya era sabido que en donde había uno o más de éstos bastidores había siempre una tintorería.

Cuando Cipriano llegó a Santander, además de establecer la suya, tocaba los timbales en la orquesta del Teatro de la calle del Arcillero. Después de esto, pasó a ser guardarropa del mismo, cargo que desempeñó durante algunos años. Disponía para guardar los muebles y cachivaches que habían de presentarse en escena, de una habitación dedicada, parte a mueblería y parte a arsenal. La mueblería, atestada de butacas, bancos, mesas cacharros y de una, al parecer



*...los dos juntos buscando la salida de aquella encerrona que no se explicaban...*

valiosísima sillería gótica... de pintado pino. El arsenal era cosa de bastante más cuidado: escopetas, trabucos, pistolas, alfanjes, espadas, lanzas y cuanto la industria carpintera y hojalatera pudo inventar para deslumbrar a un público ante el escenario de un teatro. Proporcionaba también Cipriano los animales que eran precisos para la representación. Por ejemplo, aquel borriquillo que en el primer acto de la zarzuela «Los Madgyares» traía sobre sí al «leguito del Convento», que al desmontarse cantaba

Ego sum, ego sum  
el leguito del Convento,  
y además, y además,  
campanero y sacristán.

que siempre recibía el público con agrado.

Si algo del mobiliario o algún artefacto le faltaba para la escena, lo pedía prestado a las tiendas, o a las casas de su amistad y nadie le negaba lo que, en usufructo pedía por unas horas: un jarrón, una sombrilla o la cesta de la plaza si era preciso.

En la noche de un día de Inocentes, Cipriano quiso obsequiar a su esposa, y la

hizo ir con él a presenciar la fiesta entre bastidores. «Ya verás como te diviertes esta noche—la decía Cipriano—. Los hombres en escena harán de mujeres y las mujeres de hombres»... Y entre bastidores pasaron el primer acto, y se rieron a su gusto de lo que veían. Bajó el telón. El Tintorero tenía que intervenir en el arreglo del escenario. Era preciso aquella noche preparar una sala. Llamó a su mujer para que le ayudase; pero era la noche de un día de Inocentes, había que continuar la broma y los bromistas (tramoyistas y cómicos) mientras Cipriano y su mujer arreglaban la escena, clavaron todas las puertas de aquella sala sin que el matrimonio lo notase. Cuando les tuvieron bien enjaulados, levantaron el telón inesperadamente, encontrándose Cipriano y su mujer solos en el escenario y frente al público.

Al principio nadie se dió cuenta de la escena ante aquellos dos nuevos personajes; pero bien pronto se inició la ovación, y llegaron las risas a su máximum cuando uno y otro corrían atolondrados, cada cual por su lado, o los dos juntos buscando la salida de aquella encerrona que no se explicaban. La salida era imposible.



El Tintorero, hombre de los buenos a carta cabal, lo contaba luego. A él se lo oí yo referir por aquellas días, y decía que nada le había molestado la broma. Pero seguramente su mujer no olvidaría en la vida aquella frase de su marido: «Ya verás como te diviertes esta noche».



## MANUEL GARCÍA

Lo que voy a referir es histórico, pero no tiene importancia; sólo es una de tantas casualidades que ocurren; es el pretexto para emborronar unas cuartillas, o pasar el tiempo quien las escribe, aún a trueque de molestar a quienes las leen; es cualquier cosa; es lo que ustedes quieran; perdonen.

Fué en los tiempos en que, terminada la guerra de Cuba en el año 1898, había comenzado la repatriación. Un buen amigo mío que había pasado algunos años en aquella isla defendiendo el pabellón español, había regresado a Santander, en donde repónía su salud y descansaba de la ingrata faena pasada. Leía siempre con atención las listas de pasajeros que publicaban los periódicos de Santander, pasajeros que volvían

de Cuba en aquellos «vapores correos» que se llamaron «Antonio López», «Ciudad de Cádiz», «Colón» y otros que tanto nombre, y tan bien ganado, dieron a la que fué Compañía Trasatlántica Española, y un día me preguntó:

—¿No lees las listas de los pasajeros que llegan de Cuba?

—No—le contesté—¿Tienen algo de particular?

—Léelas—me dijo—; verás como en todos los vapores llega Manuel García.

Cumplí su deseo. Llegó un vapor. Publicaron los periódicos las listas de los que venían de Matanzas, de Cienfuegos o de Sagua la Grande y, entre ellos ¿no sabéis quién figuraba?... pues nada menos que Manuel García.

Fué esto para mí un ensayo con suerte y repetí la observación. Los «vapores correos» venían entonces con frecuencia y esperé la llegada de otro con el mismo interés que si en él viniese alguna persona de mi familia o fuese portador de algo interesante para mí; y el vapor llegó; se publicó la lista y de nuevo, al leerla, saltó ante mis ojos el nombre de Manuel García. Era cier.



...y colocado en forma facilísima de leer, estaba escrito con tinta y grandes letras, un nombre que era Manuel García.



to: Manuel García llegaba en todos los «correos».

Continuaron los «correos» desembuchando pasajeros en Santander, entre los que nunca faltaban los repatriados, que, después de los sinsabores del viaje, deseaban pisar tierra firme y reponerse en lo posible de lo malo pasado, y los llamados «cubanos», «habaneros» o «agapitos», gentes éstas de edad madura, pocos recursos económicos, cara macilenta muchas veces, no siempre bien de salud y ansiosos de llegar a los hogares que, en tiempos de mocedad, abandonaron, esperando encontrar en «La Perla de las Antillas», los pesos fuertes que por ninguna parte parecieron.

Consistía, generalmente, la indumentaria que traían a la vista, en abrigo negro de los llamados carric, un pantalón blanco, o muy claro, calzados con zapatillas y cubierta la cabeza con un sombrero anticuado o con un «jipijapa». Su equipaje, un baúl de mayor o menor tamaño, según la categoría del «cubano», una mecedora o «chaise-longue» de rejilla y plegada, que alguna carguera del muelle les llevaba a la cabeza; una jaula de hoja de lata con un loro, un

paquete de cajas de dulce de guayaba de «La Tomasita», o unas cajas de «vegüeros» o «brevas» de la Vuelta Abajo.

Así desfilaban los recién llegados por el muelle, formando una variada comitiva de pasajeros y pasajeras de todas las clases y condiciones sociales y con cutis de los más variados colores que la humana naturaleza pudo discurrir; negros, blancos, mulatos, trigüños y cuarterones, acompañados de «ganchos» y «posaderos» que se disputaban la presa, y de chiquillos que solicitaban cigarrillos con aquella frase que se hizo tan popular de: «Habanero, déme un pito, que si no, se le quito».

Pues bien; uno de esos días; al declinar su hermosa y apacible tarde, en la entrada del puerto, un «correo» estaba amarrado a lo que se llamaba y era la «boya de los correos»—los trasatlánticos no atracaban entonces—, en donde iba alijando su pasaje en la multitud de botes, lanchas, remolcadores y pequeñas embarcaciones que le rodeaban. Estas embarcaciones traían a la caseta de pasajeros a los que en ellas venían, volviendo luego a buscar otros y allí, en el borde del muelle y próximos a la caseta ci-



tada, había numerosos curiosos, presenciando el desembarque y bastantes pasajeros que, desembarcados ya, esperaban que sus compañeros saltasen a tierra, y allí, repito, al acercarme, presenciaba el desembarque uno de estos «habaneros» que por más señas vestía carric negro, pantalón blanco y zapatillas, cruzadas atrás las manos y pendiente de éstas una monumental sombrerera de cartón, forrada con papel blanco. En sitio bien visible de ésta y colocado en forma facilísima de leer, estaba escrito con tinta y grandes letras, un nombre que era *Manuel García*.

No quise ver más, aquél era Manuel García, no tenía duda. Seguidamente marché a casa del amigo.

—¡Ya llegó—le dije—ya le tenemos en Santander!

—¿A quién?—me pregunté.

—¿Pues a quién ha de ser? ¡Al que llega en todos los «correos», al pasajero perpetuo, a Manuel García!

**D**IRÉ algo de la historia de un hombre, que si fué regocijo de las gentes, no estuvo durante su vida exento de amarguras y contrariedades de las que bien o mal siempre salió adelante, muriendo en edad bastante avanzada. Este hombre, a quien se llamaba «Pulga», era casi desconocido por su verdadero nombre, y, en cambio, era popular por su apodo; nunca supe, por entonces, cómo se llamaba, pero siempre estuve oyendo hablar de «Pulga» y constantemente le oía y le encontraba sin saber quién era. Emeterio Agudo Mantecón, que así eran su nombre y apellidos, nació en Penagos el día 3 de marzo de 1834, recibiendo el agua de socorro y siendo luego bautizado condicionalmente en su iglesia parroquial de San



Jorge por el cura párroco don Bernabé de Bonachea Gandarillas. Fueron sus padres Lorenzo y Rosa, naturales de Cabárceno, pueblo del Ayuntamiento de Penagos.

A los doce años de edad quedó ciego a consecuencia de las viruelas.

Tiempo después, muy joven aún, casó con Ignacia Ocejo, que era de la Mazuga, en Pámanes, con el fin de que le sirviese de zarillo.

Vivían en su casita en Penagos, tenían una vaca y mientras Emeterio la ordeñaba, unas niñas, hijas de una vecina, sujetaban la cola del animal para que al sacudirla no le pegase con ella en la cara. Emeterio, a cambio de la caritativa labor de aquellas dos niñas, las contaba historias y cantaba sus coplas.

Deseaba el matrimonio aumentar sus pobres ingresos y para ello tocaba Emeterio la gaita y su mujer la pandereta en los días de fiesta y en las romerías de los pueblos. Cada mozo le pagaba un real con derecho a bailar toda la tarde, pero no dejaba ello de ocasionar sus disgustos por ser frecuente que algunos quisieran divertirse y no pagar, amenazando «Pulga» con retirarse cuan-

do esto sucedía, y produciendo el disgusto consiguiente en los que habían pagado, que se quedaban sin música en el baile.

Venía el matrimonio a Santander dos veces por semana; aquí cantaban y tocaban recogiendo algunas limosnas, y los días que no venían, ni había romerías, cribaban los dos mineral en Cabarga, en una mina llamada Sanagodo.

A Emeterio no le gustaba el nombre de «Pulga» que le aplicaban y en una ocasión en que tocaba en la hoy bolera de Cantolla, en Pámanes, un llamado Campo, ciego también, competidor en el oficio, se lo llamó, poniendo de muy mal humor a Emeterio, que arremetió contra Campo, viniendo los dos a las manos.

Con lo que ganaban en la mina, con un poco de labranza y con lo que reunían tocando y cantando, obtenían el sustento aun- que trabajosamente.

La desgracia llamó de nuevo a las puertas de aquel hombre. El día primero de junio de 1882, ocupados en su labor en una mina de Liaño, un desprendimiento de tierra sepultó a su esposa, dejándola muerta en el acto. El propio Emeterio fué quien



primero la socorrió, pretendiendo quitar a tientas la tierra que tenía encima, pero fué todo inútil. Contaba entonces Ignacia alrededor de cincuenta y cinco años y había sido compañera inseparable de Emeterio, haciendo con él sus viajes a Santander desde que tenía «Pulga» veinte años.

Dos hijas, habían tenido: Rosa, que casó con un capitán de ejército con quien tuvo tres hijos, el mayor, Ángel Álvarez, nacido en Santander; su otra hija, fué Elisa, que vive actualmente en la calle de San Simón.

## II

**M**UERTA Ignacia, no era posible que Emeterio solo pudiese sostener su pobre hacienda, ni ordeñar su vaca, ni trabajar en aquella mina que tan triste recuerdo le había dejado, y así, vióse obligado a emplear el último recurso que le quedaba para vivir, que fué implorar la caridad pública con su instrumento, y tomó para esto un lazarillo cuyo nombre era Ángel Echevarría, que cobraba sin cantar y sirvió de acompañante

a «Pulga» mientras Ángel estuvo en el mundo.

La muerte de Ignacia parece que señaló a «Pulga» el comienzo de la segunda etapa en su marcha por el sendero de la vida y provisto ya de acompañante, reanuda sus visitas a las romerías y sus viajes a Santander, pero no debía conocerse aquí clara su procedencia, porque cuando se hablaba de él se decía solamente que era de «pasado el barco», frase que se empleaba en aquel tiempo para expresar, en término general, que tal persona o cosa era de pueblo del otro lado de la bahía.

Debió ser entonces cuando les vi por primera vez sin que pueda precisar la fecha, pero sí recuerdo que fué una mañana en la que yo estaba cerca del cruce de las calles de Colosía y Santos Mártires, en ocasión en que el ruido era escaso. Se oía lejano y continuado, acercándose lentamente, el andar de dos personas con albarcas; me llamó la atención aquel golpear constante y acompasado en el suelo, y vi que por la acera del Mercado venían en dirección de la calle de la Blanca un hombre y un muchacho que por su tipo se despegaban del resto de las



gentes. Marchaban pausadamente y parecían cohibidos por temor de resbalar, o de tropezar con las personas que cruzaban con ellos. Vestía el hombre traje aldeano de tiempos pretéritos, chaqueta corta de paño fuerte oscuro, sombrero negro de alas anchas y venía apoyando su mano derecha en el hombro de un lazarillo que le guiaba, muchacho de unos dieciocho años, cara poco expresiva y portador de una pandereta muy usada. Los dos calzaban albarcas.

Traía el ciego uno de aquellos instrumentos llamados gaitas, que consistían en una caja alargada de madera, conteniendo diferentes cuerdas a las que hería una rueda, que estaba dentro, al ser movida por una cigüeña de hierro, y tenía a un lado varias teclas que pulsándolas con la mano izquierda formaban la diferencia de los tañidos.

Parecía que estaba la gaita apolillada, y para hacerla funcionar quedaba colgada del hombro derecho del artista por medio de una correa que pasaba por su espalda y pecho. Estaba todo ello resobado y ennegrecido.

Ciego y lazarillo, siguieron su paso lento y sonoro, entraron en la calle de la Blanca

y por ella desaparecieron de mi vista, confundidos entre la gente que subía y bajaba por la calle.

«Pulga» venía dos veces por semana y para ello hacía su viaje por carretera desde Penagos al Astillero, y en este punto embarcaba en un «Corconera» para venir a Santander. Algunas veces, durante su viaje, sentado en la popa del vapor tocaba y cantaba a petición de los pasajeros. La hora en que yo le vi y la dirección que traía, eran indicadoras de que llegaba entonces. Tenía una sobrina, llamada Filomena, que servía en una casa de la calle de San Francisco, y siempre que «Pulga» venía a Santander iba en primer lugar a visitarla. Hacía oír sus trovas por dicha calle y la calleja de Pascual, que está detrás, en donde se le veía con frecuencia, acaso por dar a ella las cocinas de las casas, cantando con voz áspera como gangosa y algo cascada, acompañado por la pandereta del chico:

Gracias a Dios que he llegado,  
creí que no «allegaría»  
vengo para saludaros  
y daros los buenos días.



La sobrina le echaba su limosna por una ventana de la calleja de Pascual o se la entregaba en «propia mano», bajando al portal de la calle de San Francisco.

Frecuentaba al principio calles de escasa concurrencia y otras en las que era fácil su comunicación con las sirvientas, de las que recibía pan y otros comestibles que le echaban por ventanas y balcones y que el lazarillo apañaba del suelo depositándolos en la bolsa que al efecto llevaba el ciego, no faltando en ocasiones monedas que algún transeúnte entregaba y que el lazarillo dejaba en el bolsillo de «Pulga». Pocas eran éstas y de poco valor. La limosna de un pobre solía ser unos céntimos en aquellos tiempos, pero las monedas fueron en aumento a medida que la recaudación de pan bajaba.

Solicitaba su limosna cantando lo que pudiese halagar a las donantes, procurando ablandarlas el corazón de modo que correspondiesen a sus canciones.

Eres el sol de Navarra  
y la luna de Aragón  
y tú entre las mujeres  
no tienes comparación.

Y después de dejar descansar un rato las cuerdas de su garganta, pero no las del instrumento, de haber dado abundantes vueltas al manubrio y hecho funcionar las teclas, «echaba» otra canción con el mismo acompañamiento de siempre.

Bendita sea esta calle  
y el cantero que la hizo  
que por dentro está la gloria  
y por fuera el paraíso.

Esto cantaba y esto era lo suficiente para que el trozo de pan y cualquier otra limosna le anunciase que aquel día no tendría que pasar hambre, y luego, apoyada la mano en el hombro del lazarillo, marchaba a otra calle y otra copla brotaba de su repertorio.

Si quieres que vaya a verte,  
echa a tu perro cadena,  
que me ladra cuando voy  
a visitarte, morena.

Y así andaba de calle en calle y de ventana en ventana solicitando el socorro que siempre se le concedía; sus canciones, aunque repetidas, nunca fueron rechazadas y



seguramente que cuantos le conocieron no habrán olvidado la que fué acaso más popular de todo lo que cantaba:

Por tu puerta voy entrando  
y me va cubriendo un velo.  
quiero entrar y no me dejan,  
quiero salir y no puedo.

Un día el lazarillo le jugó una mala partida; riñeron en plena calle; el lazarillo reclamaba a «Pulga» dos cuartos, que no quería pagarle alegando sus razones; no convencieron éstas al muchacho y se marchó enfadado dejando abandonado al ciego, hasta que un portero le recogió, le llevó a su portal y buscó persona que le acompañara.

Su vida de entonces fué así deslizándose, sin que tuviese al parecer grandes contratiempos; el ir y venir constante desde Penagos indicaba que no lo pasaba mal en Santander. Comenzaba a tener aquí popularidad, se daba a conocer y no le faltaban simpatías y amistades que se traducían en socorros que recibía.

Solía pasar algunos ratos en una taberna que existió en la Cuesta del Hospital en donde tomaba, con otros parroquianos,



*Y así andaba de calle...*

un vino que costaba veinte céntimos el cuartillo, que además de estar bautizado con agua, lo estaba también con nombre poco apetitoso. Distraído «Pulga» con la conversación de los contertulios, aprovecharon éstos la ocasión para darle una broma que no fué muy de su agrado. A tal fin dieron jabón a la rueda y cuerdas del instrumento sin que él lo notase, y cuando la tertulia le pidió luego una copla, «Pulga» se dispuso a cantarla al mismo tiempo que a dar vueltas al manubrio que giraba sin resistencia y sin producir ningún ruido, pues resbalaba la rueda por las cuerdas, y por el efecto del jabón, la gaita no sonaba.

Malhumorado estaba ante aquel fenómeno que no se explicaba y que por primera vez se le había presentado; reconocía al tacto el instrumento por todas partes, quitaba y volvía a colocar inútilmente sus gastadas piezas, y mal siguiera pasándolo si los propios autores de la broma no le hubiesen dado al fin la explicación, y sacado ellos mismos del apuro haciendo que la gaita volviese a su primitivo estado.

Según cuentan las crónicas, éstas y otras cosas eran las que al bueno de «Pulga» le

ocurrían, hasta que se decidió a marchar de la provincia por una larga temporada, tocando y cantando por esos mundos de Dios.

Pasaba el tiempo, no se sabía la causa de su desaparición y se hacían de ella frecuentes comentarios, que aumentaban al ver por las calles un competidor, llamado «El Chato», que pedía limosna tocando un cornetín que hacía sonar estrepitosamente, y como se decía de tal hombre que era poco afecto a «Pulga» y la ausencia de éste se prolongaba, dió todo ello lugar a creer había enfermado gravemente, no estando exento de culpa el del cornetín, y aún llegaron los pesimistas a sospechar si le habría matado. Esto era por el año 1889.

Regresó «Pulga» de su excursión «saltando toda España», según he sabido que decía; le contaron lo que había ocurrido, se dispuso a recoger el guante que «El Chato» le lanzaba, y un día reconoció detenidamente el instrumento para asegurarse que no le fallaría; estiró y templó las cuerdas, puso bien corriente la cigüeña y las teclas, y salió a la calle dispuesto a recuperar el terreno: palmo a palmo si era preciso; buscó



el sitio estratégico, afianzó el instrumento y lanzó a los cuatro vientos las coplas más enérgicas que de él habían salido y que no eran las tranquilas de sus acostumbrados cantares:

Dicen que «Pulga» se ha muerto  
y esto sí que no es verdad.  
Si «Pulga» se hubiese muerto,  
no estaría en la ciudad.

Y no fué ésta sola; quien le oyó asegura que cantaba además otra tan categórica como ella:

Ha «hubido» aquí en Santander  
quien por mí ha preguntado  
porque han dicho que si a «Pulga»  
el «Cornetín» le ha matado  
¡Eso sí que no es verdad!

Esto fué su rehabilitación, que dió al traste con todos los rumores que habían corrido de boca en boca, dando además como resultado que las coplas recorriesen pronto toda la población como un eco que no se extinguía.

Fuese por lo que fuese, lo cierto es que «El Chato» desapareció con su cornetín, tomando acaso las de Villadiego, quedando

así «Pulga» nuevamente dueño de todos sus derechos, bienes y acciones en Santander... y nada más justo.

No era el público de entonces aficionado a manifestaciones espontáneas, homenajes, ni ovaciones y así nada hizo por «Pulga», pero todos los comentarios le fueron favorables; su arranque y sus energías en aquella ocasión bien lo merecieron.

### III

VEAMOS la tercera etapa de su vida. Rumbo nuevo tomó «Pulga» desde el 27 de febrero de 1893, fecha en que contrajo matrimonio en Santa Lucía con María Presmanes, natural de Carriazo, viuda con dos hijos.

Bien hizo «Pulga» en casarse; su vida en poder de lazarillos, teniendo que soportar sus travesuras y descuidos que irían en perjuicio del ciego, no era lo más tranquilizador; su esposa, en cambio, le atendería y remediaría en lo posible su desgracia y así abandonó Penagos trasladándose a Santander,

y casado vivió luego en la Travesía de la calle de San Simón.

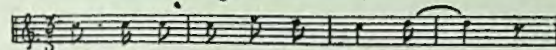
Acompañado de su esposa continuó tocando y cantando; tomaba parte en cuantos festejos podía y recorría pueblos cuando era preciso.

El regreso de Madrid del Orfeón Cantabria, después de haber ganado el primer premio en un concurso, pudo haber costado la vida a «Pulga». Varios socios protectores le llevaron en coche, además de los cohetes que constantemente disparaban en el trayecto. Prendiéronse todos a la vez y estallaron armando el consiguiente tiroteo, que «Pulga» soportó en el coche saliendo ileso, sin otro daño más que el susto recibido.

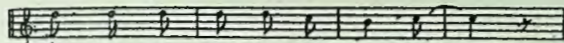
Hacia sus visitas a donde suponía que habían de socorrerle. En la puerta del Seminario de Corbán se situaba algunas días al salir a paseo la comunidad y nunca le faltaron limosnas que los profesores le daban.

El 4 de octubre de 1901 fué un mal día para nuestro hombre. Tocando en la fiesta de Soto-Iruz, se le rompió la gaita durante el baile, recibiendo un tremendo disgusto. El arreglo no fué posible. Después le hizo

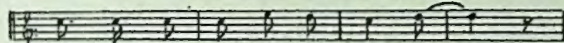
## Pulga



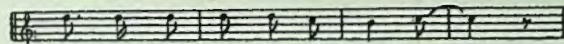
Por tu puer- ta voy en- trán- do.....



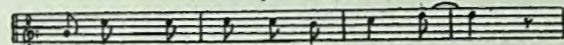
Y me va cu- bien- do un ve- la.....



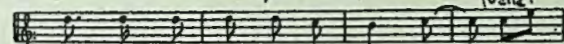
Qui- ro en- trar y no me de- jan.....



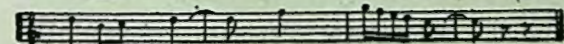
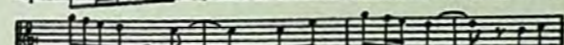
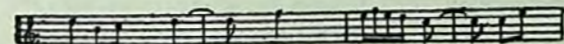
Qui- ro sa- lir y no pue- do.....



Qui- ro sa- lir y no pue- do..... (Gaita)



Por tu puer- ta voy en- trán- do.....





en su casa como pudo, pero el instrumento quedó para siempre defectuoso.

Llegaba ya el descenso de su vida. «Pulga» declinaba; los años que llevaba en Santander, que le habían hecho perder su primitivo aspecto aldeano; la falta de lazarillo, trozo estimable de aquel cuadro tan típico que vimos una mañana, el cansancio en el público de oír tantos años las mismas o parecidas canciones, hacía que perdiese valor su figura; y luego su edad avanzada, contribuía a la ruina por fuera y por dentro, de aquel hombre que se doblaba, gastado y abandonado por el público, que ya no encontraba en él al «Pulga» de otros tiempos, y sólo veía a uno de tantos mortales que terminan su vida por consunción. «Pulga» ya no interesaba. El mundo es así.

En sus últimos años, después de hacer su recorrido matinal por las calles tocando y cantando, le encontrábamos por la tarde en el Paseo de Menéndez y Pelayo, frente a la calle del Sol, desprovisto del instrumento, sin cantar, solo, silencioso y sentado en el hueco de alguna de las ventanas del sótano de la casa de don José Estrada, recibiendo las limosnas que algunos transeúntes

le daban buenamente sin ser solicitadas por él.

Tiempo después llegué a saber que había muerto, a la edad de setenta y cinco años, el 5 de junio de 1909, en la Travesía de la calle de San Simón, número 17, en donde hacía años vivía.

Quedó de su segundo matrimonio una hija, Virginia, que vive con su esposo don Leopoldo Cervera y sus hijos, familias, tanto ésta como la de Felisa, de buena reputación y apreciadas.

Esto viene a ser la historia de aquel hombre que durante tantos años entretuvo muchas veces a las gentes.

De él se decía que tenía mal genio, pero bien se le podía dispensar; el carecer del sentido de la vista, no es para estar de buen humor, y si a esto se agregan las contrariedades y las bromas molestas de algunos, se comprenden sus enfados y acaso sus actitudes violentas en ocasiones.

## IV

Es mi deseo dedicar este recuerdo a la memoria de «Pulga», tipo tan original y dejar estampadas en las páginas de SANTANDER FIN DE SIGLO, además de estos apuntes de su vida, la música de sus canciones, que tarareaba medio Santander. ¿Por qué no ha de conservarse todo ello?

Ha de tenerse en cuenta que una buena parte de las coplas, que el público cantaba con la música de «Pulga», no eran suyas. Las que él hacía eran adaptadas a las circunstancias y otras que también cantaba eran aldeanas, importadas.

Tenía su repertorio algo subido de color, que le empleaba sólo en ocasiones y con las precauciones debidas. No le faltaba tampoco el satírico. Véase una muestra:

Si te casas en Pedreña,  
no te faltarán «muriones»  
cáscaras y «vericuetos»  
cámbaros y «mazajones».

¿Y la música? ¿Habría sido en sus comienzos algún baile montañés, desfigurado

por «Pulga», para tocarla con aquel instrumento que disponía de tan pocas notas? No lo sé, pero es indudable que la música no ha vuelto a oírse desde que «Pulga» desapareció. No faltan, sin embargo, aficionados al folk-lore montañés, coleccionistas de todo ello, y alguno la tiene en su colección como propia de «Pulga», pero en el sentido en que hago la pregunta.

El recuerdo de este hombre surge algunas veces entre los santanderinos de antaño; sus canciones cosquillean y retozan aún en nuestros oídos; aquella voz no es para olvidada y aquel modo de manejar la cigüeña del instrumento, que parecían empujones dados para llevar el compás, eran originales, muy suyos.

Al instrumento le llamó «Pulga» rabel, luego sinfonía y muchas personas desconocían el nombre, pero tengan en cuenta que aquello era una gaita, y con este nombre la describe con toda claridad el Diccionario de la Lengua Española.

Esta gaita que adquirió tanta popularidad como su dueño, fué a la par que su lazarrillo, lo último que nos quedó en su clase. Hay quien dice, aunque no lo sabe-



mos, que después de muerto Emeterio fué conducido el instrumento a Madrid al estudio de un pintor, en donde reposa de su faena, reposo que bien merecido le tenía; pero si cuando esa gaita se presentó en Santander ya estaba vieja, y luego estuvo años en poder de «Pulga», ¿cómo estará en los momentos presentes?... probablemente deshecha, víctima de la polilla, por mucha naftalina de que se la haya rodeado.

En el palacete de la Moncloa, en Madrid, hay un cuadro pintado al óleo por un discípulo de Goya, en el que aparece un hombre tocando un instrumento como el de «Pulga». Es posible que sea esto el último recuerdo que nos ha quedado de tales gaitas.



## «DON ADOLFITO»

### I

Voy describiendo en las páginas de este libro lo que presenciábamos en Santander en los últimos años del pasado siglo XIX, y por eso he de ocuparme de don Adolfo, a quien se llamaba también «don Adolfito», y «el loco del violín».

Cierto que no fué montañés, pero, en cambio, fué un asiduo visitante nuestro que a muchos entretenía, dejando siempre buen recuerdo entre todos. Tuvo, además, íntimas amistades con familia oriunda de la Montaña, y todo ello son suficientes méritos para que le hagamos nuestros honores dedicándole unas cuartillas y guardándole consideraciones de hospitalidad y de montañés honorario, correspondiendo así

a la caballerosidad y corrección que siempre guardó entre nosotros.

Era gallego, nacido en Santiago de Compostela, en el año 1841. Se llamaba Adolfo Carballo García y pertenecía a familia de excelente reputación. Su padre era doctor en medicina.

Don Félix Estrada Catoyra, cronista de La Coruña, a cuya incondicional atención debo diversos datos para este trabajo dice, con referencia a la vida de nuestro héroe en Galicia, que por el año 1855 se hallaba «Don Adolfito» en Santiago, siguiendo la carrera de farmacia. Allí, en Compostela, estaba enamorado de una señorita de alguna más edad que él, llamada Rosa Fernández Herrera, cuya familia, distinguida, era oriunda de la Montaña, pues un don Gabriel Fernández Taboada, catedrático en Santiago, asistió en París a un Congreso de Química, celebrado por los años 1822 a 1823 y al regresar de Francia se detuvo en Santander, donde conoció a doña Antonia Herrera Díaz, de prestigiosa familia de Puente Arce. La hizo su esposa y vivieron en Santiago, donde habitaban los padres de la joven de quien «Don Adolfito» se enamoró.

El origen probable de los amores de éste se encuentra en la íntima amistad que unía a su familia con la de Rosa. El padre de don Adolfo era, según queda dicho, doctor en medicina y en la familia Fernández Herrera había también hombres de ciencia.

Un triste acontecimiento que ocurrió en Santiago, en el año 1855, cuando allí estudiaba nuestro trovador, influyó en su vida y en la de los Fernández Herrera.

Fué el caso que en una revuelta habida en la ciudad compostelana en 13 de junio de dicho año, don Pedro Fernández Herrera, que era entonces concejal del Ayuntamiento y capitán de la Milicia Nacional, fué asesinado vilmente por un miliciano nacional de la Segunda Compañía, por haberle ordenado que entrase a formar en filas a fin de proceder a la publicación de un bando declarando el estado de sitio. El asesino, llamado Vallejo, fué juzgado en Consejo de Guerra y pasado por las armas tres días después, el 16 de junio.

La muerte de don Pedro, fué un desastre para aquella familia que se dispersó, ingresando la mayor de sus hermanas, Jose-



fa, en el claustro, llegando a ser Abadesa del Convento de Santa Clara. Otra hermana, Isabel, casada con el médico don Manuel Baraja, se marchó al país de su madre, donde tenían bienes, estableciéndose en Cabezón de la Sal, pues su esposo, el señor Baraja, fué nombrado por aquel Ayuntamiento médico titular, cargo que desempeñó durante cuarenta y siete años y allí existen familiares de este matrimonio. (1)

Pero lo más triste y que repercutió en la vida y porvenir de «don Adolfito», fué que Rosa, la hermana más joven de don Pedro, murió llena de pena por la muerte de su hermano.

Perdió «don Adolfito» la razón, y no es de extrañar. «Su precocidad indiscutible —dice el señor Estrada— se echa de ver en que siendo casi niño (catorce años), ingresó en la Universidad, por lo que es de creer en el desarrollo de sus amores en tan corta edad.

Después de los sucesos citados, continuaría enamorado de Rosa, hasta la muerte de ésta, que fué causa de la locura de «don

(1).—El farmacéutico don Gabriel Baraja Fernández.

Adolfito», a la que era predispuesto. Entonces abandonó Santiago, dejando sus estudios y en su desequilibrio se lanzó con su violín a la vida aventurera por el resto de sus días.»

Comenzó su recorrido por las carreteras; fué de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, e iba incluso a Santiago, en donde los estudiantes, de los que era buen amigo, le llevaban a dar serenatas a las mocitas.

El señor Estrada, que por los años 1869 al 1874 estudiaba la carrera de Medicina en Santiago, vió por allí a «don Adolfito», y cuenta que «en una ocasión le convidamos algunos amigos a comer para saber algo de su vida y no nos fué posible sonsacarle nada, pues a las preguntas e indirectas contestaba riéndose, con versos que improvisaba, o tocaba el violín para contestar». Después le solía encontrar en La Coruña, a donde «don Adolfito» iba con frecuencia.

Vivió luego en Ribadeo, en compañía de una hermana, señora de destacada belleza, casada con un comandante de Artillería, quienes le atendían en todo.

Continuaba «don Adolfito» sus andanzas y al comenzar el buen tiempo primaveral

se ponía impaciente y marchaba de casa haciendo su recorrido hasta el invierno. No tenía necesidad de pedir; su familia le mandaba dinero a las poblaciones por donde había de pasar.

Fué extendiendo su radio de acción, deteniéndose siempre en Cabezón de la Sal, el andariego y extraviado caballero, en recuerdo de la familia de Rosa, que le recibía cariñosamente obsequiándole como si perteneciera a aquélla y atendiéndole en sus necesidades.

## II

CUMPLIDA su labor en Cabezón de la Sal y otros pueblos, hacía su entrada en Santander. Era de buena estatura, cuerpo bien conformado, color moreno, ojos un tanto chispeantes, pelo negro, perilla larga y abundante y bigote negro como su pelo, aunque con asomos blanquecinos bien marcados ya, por los tiempos en que le vimos; tenía un porte caballeroso, movimiento desenvueltos y modales finos; iba vestido

con americana, que siempre llevó abrochada, sombrero redondo de fieltro muy blando, color café, con ala corta vuelta hacia arriba y calzado muchas veces con alpargatas, todo muy usado, pero limpio y ordenado. Parecía ser lo que llamábamos «un señor venido a menos».

Compañero suyo era el violín del que nunca se separó, colgada de la espalda la bolsa de color verde oscuro algo recosida y remendada en que le llevaba guardado.

Sepan quienes leyeren estas páginas que su indumentaria variaba con frecuencia. Unas veces traía sombrero y otras gorra de visera; alpargatas o botas y lo mismo sucedía con la barba, que era corta o traía perilla, o unos buenos bigotes que arrancaban de los carrillos y que en sus tiempos estuvieron de moda.

Bien se veía su trastorno y se decía que era gallego, que había sido militar y que efecto de amores contrariados había perdido la razón, y verdaderamente su tipo y aquella locura parecían demostrarlo, pero nada se sabía de cierto y los comentarios y dudas giraban en torno de «don Adolfito», misterioso y romántico.



Su visita anual era en la segunda quincena del mes de abril; ningún año faltó, hasta que dejó de visitarnos, que sería cuando abandonó este mundo o acaso algunos años antes, en que pudo enfermar. Don Adolfo y las golondrinas eran seguros; ni el uno ni las otras dejaron nunca de venir, ni vinieron en época distinta. La noticia de su llegada se esparcía rápidamente, se le recibía con gusto; el comunicarla, era como decirnos que había llegado el buen tiempo, y le veíamos pasearse con sus airosos andares por las calles de nuestro pueblo, con el violín enfundado colgado de la espalda, pero... ¡ah! «don Adolfito», seguido de cuatro o cinco chiquillos, escolta que siempre le acompañaba, se detenía de pronto enfrente de algún mirador o ventana; algo había visto... Y en aquel momento, derechas y unidas sus piernas, y colocados sus pies en escuadra cual militar en correcta formación, sacaba de la funda su violín y su arco, señalaba con éste a la joven que había visto asomada, y al mismo tiempo que la saludaba echando mano al sombrero, la dirigía frases corteses, la brindaba una canción y decía muy alto:



Sólo por ti,  
suspiro yo  
.....

—¡A esa rubia tan linda! Tus ojos ¡ay, qué azules son!

Y ya teníamos al hombre dispuesto a lanzarse a la conquista. La categoría social de la obsequiada era lo de menos. La serenata comenzaba fuese como fuese; no era preciso afinar el instrumento, y pronto lo que había comenzado por un «andante» degeneraba en un «allegro strepitoso» que no había quien le siguiera. El brazo de «don Adolfito» manejaba presuroso el arco del violín, que rascaba las cuerdas haciéndolas lanzar chirridos, los ojos centelleaban, la perilla del loco temblaba, el efecto que la dama del balcón le había producido era «desconcertante». «Don Adolfito», en aquellos momentos, estaba poseído de un acceso y en seguida, con voz fuerte de barítono, cantaba acompañado de su violín y terminaba en un recitado rápido y descompuesto:

Solo por ti  
suspiro yo,  
pero olvidarte,  
monona mía,  
no puedo, no.

Se arrebatava; parecía que el violín saltaba hecho astillas; las notas del canto y

del instrumento, si aquello eran notas, salían a borbotones, altas y bajas, rápidas unas, pausadas otras... pero la felicidad dura poco en este mundo; la agraciada del balcón, que se veía precisada a sufrir las miradas del público que ya rodeaba a don Adolfo, daba por terminado el espectáculo y se retiraba; aquella visión de don Adolfo se desvanecía, pero no sin demostrarle antes el agradecimiento a su galantería tirándole una moneda que algún chico espectador recogía y le entregaba. Entonces variaba la escena, el loco besaba la moneda, pero a pesar del donativo se creía desairado y fingía llorar.

—¡Oh, la ingrata—decía—. ¡Una moneda de luto!

Y colocado de espaldas al público y a la ingrata y de cara a la pared, apoyada en ésta sus manos y sobre éstas la frente, seguía gimiendo ante la espectación de los que le miraban. Aquel dolor desaparecía pronto y apenas repuesto, cruzaba la calle apresuradamente tras alguna señora que veía por la acera opuesta y acercándose a ella muy ceremonioso la saludaba con el sombrero, al mismo tiempo que haciendo



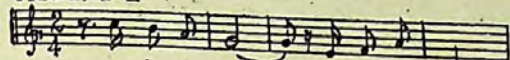
una reverencia, y siguiéndola un corto espacio tocaba los primeros compases de la Marcha Real, de los que nunca pasó y que obligaban a la señora, un tanto avergonzada por tales cortesías, a marchar de prisa en busca de refugio, víctima de la curiosidad de los espectadores. Bien sabido era que señoras muy conocidas en Santander tuvieron que aceptar los honores que «don Adolfo» las rendía.

Escenas tan movidas tenían suspensos a los espectadores, que crecían en número e iban apareciendo por ventanas y balcones, ansiosos todos de saber «en qué pararía aquello». Los mayores y los chiquillos se reían y «don Adolfo» se dirigía a ellos en ademán de reprenderlos.

—¡No habéis tenido cuna, desgraciados; que vuestros padres os eduquen mejor!—les decía enérgicamente, con voz fuerte y segura enarbolando amenazador el arco del violín. Y después de esta faena que había comenzado por cantar a la ingrata del balcón y terminaba por enfadarse con los chicos, enfundaba su instrumento echándole a la espalda y cual su compañero, el otro loco y también caballero enamorado Don

# Don Adolfo

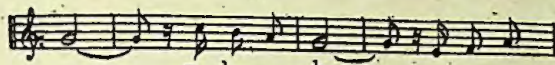
## HABANERA



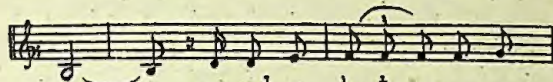
So. lo por tí..... sus. pi. ro yo.....



pe. real vi. dar. te mo. no. na mi. a no pue. do



no..... So. lo por tí..... sus. pi. ro



yo..... pe. real vi. dar. te mo. no. na



mi. a no pue. do no

Quijote de la Mancha, seguía su camino en busca de nuevas aventuras hasta que una nueva Dulcinea del Toboso, o una Casildea de Vandalia, la dama del caballero de los Espejos, se presentaba en balcón o ventana y entonces desenfundaba de nuevo su instrumento y volvía a enamorarse:

Soy el que te adora.  
hermosa, sí,  
no me olvides, no,  
no, no, no, no,  
que con tu mirar  
enardeces mi pasión,

Nuevo arrebato y vuelta a las mismas escenas. ¡Pobre hombre!

Algunas veces, al ver un burro parado en la calle, se aproximaba a él, y cerca de la oreja del animal imitaba el rebuzno con el violín; otras era el canto de un gallo o el de un canario, entretenimiento de las gentes que le seguían, pero «don Adolfo» no cesaba; sus trovas y torturas de enamorado no tenían fin:

Por ti vengo, hermosura;  
por ti, enamorado;  
por ti, apasionado,  
buscando tu ternura.

Y así siempre. Su vida en Santander era muy independiente y de movimiento.

Bastantes años, pasó la temporada en casa del señor Temiño, Cuesta de Gibaja, número tres, piso primero, en donde se presentaba sin avisar su llegada. Salía todas las mañanas a las cinco, en ayunas, y no volvía hasta la noche, haciendo todas las comidas fuera de casa y recorriendo la población y los pueblos de los alrededores.

Comía y cenaba ordinariamente en el establecimiento de la viuda de Anselmo, casa de comidas en la calle del Cubo, que ya he citado en el capítulo «Los Zapateros». Por allí solía estar con su padre, antes de perder la vista, Triunfo Lledías, niño entonces, a quien repetidas veces hemos oído luego tocar el violín por esas calles. «Don Adolfo» le llamaba cariñosamente y le obsequiaba con uvas pasas o alguna golosina que tomaba de postre.

Era siempre parco en palabras, frugal en las comidas y tenía sus amistades, a las que visitaba todos los años, entre ellas don Pedro Buchs, que era de La Coruña, padre del actual don José, antiguo empleado de la casa de los señores Calderón García; la



confitería de don Máximo Gómez, en la Cuesta de Gibaja, esquina a Ruamenor y tantas otras.

Esto venía a ser su vida durante la estancia en Santander, que variaba entre quince y treinta días.

### III

NO era hombre para estarse quieto y cuando nos abandonaba, continuando su incesante peregrinación, la primera etapa era Torrelavega.

A la caída de una tarde, a principios del mes de junio, le vi pasar en la dirección indicada por la carretera, enfrente de la casa de mis tíos, en Requejada. Iba solo, silencioso, bien aplomado su cuerpo y con andar seguro y desenvuelto, cubierta con un pañuelo blanco, su gorra de visera; llevaba colgado de la espalda un maco pequeño de ropa y, además, el violín en su bolsa.

Estaba en Torrelavega cuatro o cinco días a lo sumo, hospedándose en la casa

de don Inocencio Revuelta y hermano, en la que dejó siempre fama de buen pagador y de hombre fino y considerado. Algunos años estuvo dos veces.

Luego ya no se puede saber al detalle el itinerario que emprendía; sin embargo, recientemente, deseando conocer algo de sus caminatas, tuve una entrevista con Angel de la Hoz. Este es un asilado en las Hermanitas de los Pobres, de poca estatura y pocas carnes, vivaracho, listo y buen hombre, que ha sido cochero y recorrió durante muchos años abundantes carreteras de la provincia y Asturias.

Le pregunté si en sus viajes había visto alguna vez a «don Adolfo» y por dónde.

—Mire usted—me dijo—una vez encontré en Nueva (Oviedo) a don Juan B. Ruiz, aquel señor joven, alto, delgado, rubio, de barba corta partida, que era dentista en Santander; subió al coche; íbamos a Ribadesella y en el camino... allá... por la Venta de Torcuato vi a «don Adolfo» con su violín y su lío de ropa a la espalda. Llegamos a él, paré el coche, le ofrecí asiento, subió al pescante y le llevé también a Ribadesella, apeándose en la casa del Pa-

siego, que tenía buen nombre, pagándome con creces el importe del viaje. Hablaba poco y me pedía explicaciones de aquellos caminos; no sabía si después de Ribadesella iría a Cangas, o a Colunga. Parecía que llevaba la dirección de Galicia, pero no lo decía. «Don Adolfo» andaba más que una bicicleta, yo le encontraba por todas partes; en donde él veía un pueblo, allá iba corriendo. ¡Qué sé yo lo que andaba! Visitaba también Santillana, Comillas y Bustio, en donde solía quedarse, cerca de Unquera. Sucedió esto hacia el año 1892.

Recorría Asturias; pasaba por Llanes. En Oviedo se detenía unos quince días; visitaba las tertulias que al anochecer formaban las mujeres a las puertas de las casas y entre ellas conseguía algunos donativos de poca importancia. Se decía que desde allí se dirigía a Gijón y a las playas de Asturias; siguiendo su constante andar, sabe Dios por dónde. Se le vió en Avilés, con frecuencia en Vigo, en La Coruña, en Lugo, en Santiago de Compostela y en la Puebla, frente a Villagarcía de Arosa, y se decía que no tenía residencia fija. Su vida se

deslizaba haciendo sus viajes a pie y solo, por las carreteras, visitando siempre los mismos pueblos y las mismas personas, y así duró muchos años su constante ir y venir.

Parecía indicar su itinerario que el viaje sería viniendo por Galicia y Asturias llegando a Santander, en donde le terminaba y desde aquí retrocedía.

## IV

FUE «don Adolfo» un maniático y enamorado romántico de las doncellas, y si alguna vez se le hubiese dicho que en el pico más alto de los de Europa, en el Naranco de Bulnes, o en el Pico Tres Mares, había una joven asomada a un balcón, allá hubiese ido presuroso a rascar su violín y a lanzar trovas, gemidos, lágrimas y gritos. Era respetuoso y galante con las damas, a las que saludaba reverente haciéndolas los mayores honores. Destacábase su caballerosidad en todo momento, reprendiendo a los que de él se reían por poco



educados; daba limosna a los pobres, de la misma que él recibía; dejaba el paso por la acera a los sacerdotes y personas de respeto, era afable con los niños; fino, atento y bien educado, correspondía a las dádivas que recibía, sin que jamás extendiese la mano pidiendo limosna, que si se la daban no la despreciaba, y aún en esto tuvo aquí alguna excepción en don Linó de Villa Ceballos, que era entonces alcalde. Al encontrarle un día este señor cantando, le ofreció una monedita de plata de cincuenta céntimos que «don Adolfo» no quería admitir, acaso por estimar que era demasiada merced para él recibirla de manos del alcalde, y fué preciso que éste insistiera para que el loco la aceptase; entonces la besó agradecido y la guardó. Tenía otro medio más delicado para conseguir unas monedas, que era dirigirse por carta solicitando algún socorro de las familias que suponía le atenderían y que él mismo llevaba a domicilio, a las que algunas veces acompañaba su fotografía, que entregaba a la persona que le abría la puerta; allí esperaba la contestación, que siempre era un donativo con la devolución de la fotografía.

Era generoso para pagar su estancia en las casas en que se quedaba. Conservaba antigua amistad con un cocinero francés que prestaba sus servicios en una fonda. Todos los años don Adolfo le visitaba, pero nunca aceptó el convite que el cocinero le ofrecía.

¡Cuánto tendrían que aprender de la caballerosidad del «loco del violín» tantos cuerdos como andan por el mundo!

## V

«DON Adolfo» dejó al fin de visitarnos. ¿Habrá muerto?

Un número de «*El Imparcial*» que por casualidad cayó en mis manos, en población bastante alejada de Santander, vino a despejar la incógnita. En el mes de febrero de 1904 publicaba un telegrama que titulaba «Muerte de un Trovador». Se trataba de «don Adolfo». En pocos renglones decía que había fallecido en no recuerdo qué población de Galicia.

Pocos habrán sido los que lloraron su

muerte, pero muchos le echarían de menos en los primeros años de su desaparición.

No han faltado plumas que en el libro, en periódicos, o en otras formas le han rendido su tributo. En los primeros años en que nos visitaba, unos jóvenes entonces, de buen humor, entre los que se encontraban algunos bien conocidos, como don Eusebio Sierra, Faustino Díaz Gabiño, Telesforo Martínez y otros, hacían un álbum almanaque que titularon «La Guardilla Artística», en San Francisco, número trece, y en el almanaque correspondiente al año 1870 aparece un retrato a lápiz de «don Adolfito», firmado por F. Vega, pero sin explicación alguna, que dice «Trovador del siglo XIX». Tendría entonces unos treinta años.

\* \* \*

Es cuanto puedo decir de aquel «don Adolfito» cuya biografía completa es difícil conseguir en poco tiempo, estribando esta dificultad en que era muy parco en palabras, condición que señalan personas que le conocieron y, por lo tanto, nada contaba de

su vida. Ya hemos visto que el propio señor Estrada nos dice que con el fin de conocer su historia, algunos estudiantes en Santiago le invitaron a comer, pero no consiguieron contestase a las preguntas.

Allá van estos renglones pidiendo un hueco entre lo que de él se ha escrito; pero el recuerdo de «don Adolfito» se conservará sólo entre quienes le conocimos, irá esfumándose poco a poco y llegará a desaparecer según vayamos desapareciendo quienes le vimos por esas calles.





## «RIGOLETTO»

### I

N<sup>o</sup> voy a hablar de la conocida ópera del maestro Verdi, ni si algún tenor cantó bien o mal las populares coplas de tal ópera, que comienzan por aquello de «La donna e mobile», ni os hablaré del polichinela que la da su título. No; os hablaré de otro Rigoletto, de un santanderino de pura cepa, un paisano nuestro, que si muchos vieron y oyeron hablar de él, no tantos conocerán su historia que ahora voy a contaros; uno de los más populares hombres que por aquí han visto la luz del día; más popular que otros «ejúsdem fúrfuris» que de tanto nombre y fama disfrutaron, pero que quedarían tamañitos ante el espectáculo que presencié con motivo de una de sus últimas aventuras.

Fué su nombre Clemente Luis García Mazariegos y nació el día de Santa Catalina, en el mes de octubre del año 1878, en una casa de los pasadizos de la calle de Cervantes.

Su padre, hombre honradísimo y buen cristiano, cualidades que transmitió a su descendencia, fué ordenanza de telégrafos, jubilado, y he de agregar como nota vibrante santanderina que perteneció a la inolvidable murga del maestro Lavín.

Fué Luis, cuando la edad llegó, incorporado a la escuela, vulgarmente llamada del Obispo, en la calle de la Concordia, fundada por el que lo había sido de Santander, señor Sánchez de Castro, de grata memoria, y regentada por aquel benemérito maestro, don Tiburcio Rodríguez; pasó luego a la de pago de don Teódulo Valle, maestro de larga y poblada barba negra, en la calle Alta, escuela en la que estuvo poco tiempo, y, por fin, a la Municipal de don Severo Díez.

Pero Luis, más aficionado al aire, al mar y a la tierra que a calentarse la cabeza con las «cuatro reglas» o aprendiendo cuáles eran los montes y ríos de Europa, aprovechando

unas vacaciones de verano, cuando tendría doce o trece años, se colaba en las horas en que no había funciones, en el Circo Ferroni, que por ferias actuaba en la Segunda Alameda y allí, adquiriendo simpatías y conocimientos entre el personal del Circo, le encargaron cuidase del borriquillo que llamaban «Rigoletto», al que vimos repetidas veces en la pista lucir sus habilidades marcando la edad que tenía, por los golpes que con una de sus manos daba en el suelo y que casi hacía gestos al público; tal era la inteligencia que querían demostrarnos tenía aquel extraordinario animal, y como quiera que Luis deseaba cuidarle y con él estaba en sus glorias, acabaron por llamar también a Luis «Rigoletto», y he aquí la causa de tener tal nombre nuestro paisano, el que fué luego aeronauta famoso por su arrojito.

Ferroni, terminada su misión de verano en Santander, levantó el campo y marchó con su gente, con sus tenderetes, sus caballos y su borriquillo, y mezclado entre todo aquel convoy, marchó también el joven «Rigoletto» a recorrer ferias y tierras comenzando a exhibirse en el Circo, pero su



padre, no tan aficionado a estas cosas como su hijo, logró fuese detenido éste cuando mejor lo pasaba, en la feria de San Antolín, en Palencia, y fuese restituído a su casa paterna. Luis había hecho su primera salida, pero las cuentas no fueron muy de su gusto.

Poco tiempo después de su obligado regreso y siendo aprendiz en la hojalatería de Wüncchs, en la Alameda primera, él, con otros jovenzuelos, consiguieron introducirse en el solar que había en la calle de Burgos, cerrado por una valla, junto a la casa número 1 y que ellos convirtieron en *hangar*. Allí construyeron un pequeño globo con trozos de sábanas y trapos que adquirirían en las prenderías, pero aunque algo consiguieron inflar el pequeño aparato, no fué sin embargo posible hacerle subir; el humo que le introducían se marchaba por todas partes, el pequeño globo se negó a *despegarse*, y hubo que abandonar aquella empresa.

Su padre, acaso por desviar las aficiones a la acrobacia y a la aerostación que el muchacho comenzaba a demostrar, le embarcó como paje en el trasatlántico «María Cristina», y después de un viaje feliz llegó

a La Habana recién declarada la guerra por los Estados Unidos, quedando bloqueado durante siete meses; pero logrando al fin transbordar al «Montserrat», burló este vapor el bloqueo y llegó a Santander con «Rigoletto» a bordo.

Sigue después como camarero en la Trasatlántica algunos años, al cabo de los cuales abandona este oficio, y casado en segundas nupcias y con hijos se pone de acuerdo con otro aeronauta famoso ya, Agustín Echevarría, para trabajar con él en México, y embarcan los dos en el vapor alemán «Ypiranga», marchando «Rigoletto» como polisón, escondido en la caja del globo que Echevarría llevaba y así estuvo hasta que el vapor salió de la Coruña.

Echevarría era aquel también popular y santanderino aeronauta a quien la gente empeñada siempre en desfigurar nombres llamaba «Chavarría», degenerando así en mote la palabra del apellido.

Los dos expedicionarios hicieron su viaje desembarcando en Veracruz, en donde trabajaban de «clowns» en el teatro Olimpia, y comienza «Rigoletto» en esta población sus ascensiones en globo, haciéndolas ade-



más en Orizaba, en Puebla, en Torreón y en Campeche, pueblos por donde su fama se iba extendiendo; pero en este último, que atravesaba por la revolución de I. Madero, fué tomado por espía y herido cuando hacía una ascensión. Cayó con el globo en el campo, y una buena mujer le llevó a su cabaña, en donde fué asistido y curado por aquella caritativa familia, hasta que repuesto en su salud le sacó un día al camino en un caballo y allí le dejó, después de señalarle cuál era la dirección de México y cuál la de Veracruz, tomando «Rigoletto» esta última. Después, desde esta población, acompañado de Echevarría y un grupo de españoles, lograron recuperar el globo.

Marcha luego a México (capital) y hace más ascensiones, trasladándose después, de nuevo, a Veracruz, pero mal debía pasarlo, acaso hambriento estuviere, cuando nuestro ilustre paisano e inteligente capitán de la Trasatlántica, don José de Oyarbide, compadecido de aquel hombre, le recogió en dicho puerto por caridad trayéndole enrolado trabajando, a Santander, en el vapor «María Cristina», que mandaba.

Abandonó sus ascensiones en globo, nave-

gaba de camarero y cuando estaba en el vapor en Santander, desembarcaba para ejercer de puntillero en novilladas y charlotadas en cuantas ocasiones se le presentaron.

Unos diez años pasó en Santander viviendo como Dios le daba a entender, aún pintando platos que luego vendía, navegando de camarero o ejerciendo cualquier otro oficio, hasta que en uno de estos viajes un nuevo percance vino a poner su vida en grave peligro. Había embarcado de enfermero en el vapor alemán «Hammonia», pero a la salida de Vigo naufragó el hermoso buque, siendo recogido «Rigoletto», en unión de varios montañeses, por otro vapor inglés que les llevó a Inglaterra.

## II

CANSADO nuestro hombre de recorrer mares y tierras, decide enfrentarse de nuevo con los aires, y esta vez fija para ello su residencia en Santander y hace ascensiones



en fiestas pueblerinas o en poblaciones de más importancia, ascensiones unas veces con éxito favorable y otras con desgracia, llenas de peripecias, en las que tenía siempre expuesta su vida; así las hace en Reinosa y en mil sitios; en Unquera, el globo, empujado por el viento, arrasaba los maizales que cogía por delante sin lograr subir. En Santander, en un solar de la calle Alta, preparaba una ascensión que el gobernador suspendió, temiendo con fundamento que se estrellase contra los balcones o tejados.

En la primavera de 1932 recibí su visita. Venía acompañado de un amigo suyo. Me explicó cómo pensaba adquirir un globo con el fin de hacer algunas ascensiones y explotar la publicidad; me contó sus percances, peligros y satisfacciones, la manera de inflar el globo, las maniobras y tantos otros detalles y no dejaba de ser pintoresca su narración, más aún por la forma animada de expresarse. Yo nunca he gustado el placer de ir por los aires sentado en un trapecio, ni jamás había cruzado la palabra con quien luciese tales habilidades, ni nada, por lo tanto, conocía de ello y por

eso, por ser nuevo para mí lo que contaba, le oía con agrado y así me entretuvo un buen rato.

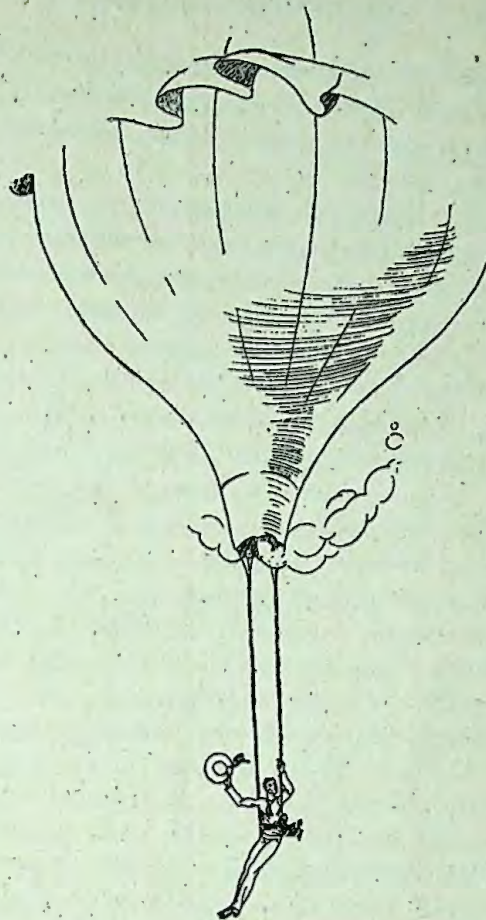
Sus proyectos, según luego supe, no le salieron mal del todo y como no se le ponía nada por delante, alquiló un globo viejo y estropeado que logró componer y remendar, hizo un contrato con el Ayuntamiento, de tres ascensiones, que serían la primera el 22 de julio, la segunda el 25 y la tercera unos días después. Y aquí llega la terminación de las *aventuras del buen «Rigoletto»*. El espectáculo que *con él*, muchos presencié, a que al principio *asistí*, fue su apoteosis final, que *tuvo* la medida de su gran popularidad.

La tarde del 22 de julio se iniciaron en la Segunda Alameda los preparativos para la primera ascensión contratada, se infló el aerostato, un momento público *de* admirar y aplaudir a *«Rigoletto»* esperaba el momento emocionante de su ascensión, se soltó el globo y... *se* *subió* *se* *hizo* *ver*. Subió y empujado por el viento *se* *dirigió* *hacia* *la* *población*, *atravesándola* *por* *su* *parte* *más* *larga*, seguido de la gente que *en* *gran*

cantidad corría por las calles en la misma dirección que llevaba el globo.

Yo le veía por los aires desde la calle de Marcelino de Sautuola, y veía en diminutas proporciones, vestido de blanco, de pies en un trapecio que colgaba del globo aquel hombre con quien yo había conversado, solo, en aquellas alturas, correr un peligro muy grande; recordaba los percances y tantas otras cosas que me había contado y comenzó a interesarme vivamente cuál sería la terminación de aquella aventura que no era más que una de tantas de las suyas.

Venía la avalancha de gente convergiendo de todas las calles buscando la más ancha y la misma dirección y corriendo desaforada tras el globo y el héroe; aquello era como arroyuelos que buscaban desembocar en el río aumentando constantemente su caudal, y la gente no cesaba de pasar, sudando, jadeantes algunos, descompuestos; por todas las calles se veía lo mismo. Miré hacia la calle de la Blanca; una multitud que corría desenfrenada, bajaba desde lo más alto cubriendo la calle y las siguientes; enjambres de chiquillos salían por todas partes; los perros grandes y pequeños, que en



*Yo le veía por los aires...*



estos acontecimientos, motines y alegrías hacen también lo suyo, pasaban mezclados con la gente, a todo galopar, ladrando algunos de ellos.

He visto correr a las gentes por alejarse de un peligro, y aún eso a un número limitado de personas, pero una multitud impulsada por el vértigo de la curiosidad y de la admiración a «Rigoletto», era un caso curioso, y era posible que algunos viniesen de la Segunda Alameda y estuviesen dispuestos a seguir corriendo hasta el Sardinero, si el globo allá iba. Era un imponente *Cross-country* atravesando toda la población. Los corredores, hombres, mujeres, chiquillos y perros se disputaban cada uno el primer puesto; así estaba una parte de Santander entregada a «Rigoletto», en tales momentos. ¡Y aún dicen que aquí no hay unión, ni entusiasmo, ni energías para nada!

Al fin el globo, que iba descendiendo, cayó próximo al cruce de las calles de Daoiz y Velarde y Lope de Vega, y se vió al aeronauta que al caer el globo se metió por la ventana de un mirador de la primera de las citadas calles, cuyo cristal desapareció hecho añicos, rompiendo con él otros varios

y produciendo el ruido consiguiente, rompiendo también los visillos de los miradores, cayendo a la calle macetas con plantas y tierra, y desde el mirador en que se le veía, dirigía la caída del aparato. ¿Qué sorpresa no tendrían quienes en aquellos pisos habitaban, ante la inesperada y estrepitosa aparición de aquel hombre, cual improvisado fantasma blanco, tirando a la calle tiestos, visillos y cristales?

—Venga usted más arriba—me decía un amigo—desde allí se ve el globo colgado de los cables y postes de la luz.

Allá me fui y, en efecto, se veía una masa grande de gente contemplando aquel artefacto, de cuya penosa adquisición me había hablado «Rigoletto», desinflado, colgado, rotas las cuerdas y enredado por todas partes en postes, cables y palomillas.

Dos robustos mocetones estaban próximos a donde yo había ido a parar, y se empeñaba uno de ellos en llevar al otro hacia donde el globo estaba enredado; el que no quería ir, enfadado ante la resistencia de su compañero, le dijo con energía señalando al desinflado globo:

—¡Pero, animal! ¿Para qué quieres ir,



no ves que ya no queda ahí más que el *argumento*?

No fueron: *el argumento* le había convenido.

Un cuarto de hora después aparecía «Rigoletto» por el Paseo de Pereda, rodeado de una multitud que le vitoreaba y aplaudía, tributándole una ovación de las que llaman «inenarrables». Todo lo ocurrido aquella tarde había demostrado la gran popularidad del aeronauta santanderino y había sido su apoteosis final.

Estropeado el globo, aún hubo manera de componerle por centésima vez, y en él hizo «Rigoletto» las dos contratadas ascensiones que faltaban, últimas de su vida, cayendo las dos veces en la bahía. La primera enfrente a la machina de Albareda. La segunda, unos días después, cerca de «El Puntal».

.....  
Habían pasado quince días, y un domingo por la mañana, a la hora de más concurrencia en las calles, dos coches abiertos, con carteles invitando se contribuyese a aliviar la situación de «Rigoletto», ocupados por gente joven vestida de blanco, precedidos

de una murga, desfilaban por los sitios más concurridos; «Rigoletto», activo y sonriente, pedía nos acordásemos de él y aliviásemos sus quebrantos; decían que se le había exigido el pago de «los vidrios rotos» y de los desperfectos que causó en los miradores de Daoiz y Velarde, pero no llegó a verificarse; necesitaba, sí, cuerdas y nuevas composturas en el globo para continuar sus aventuras y éste era el fin de la colecta.

No volví a verle. El 16 de agosto de 1932 moría inesperadamente, efecto de una embolia, a los cincuenta y cuatro años de edad, aproximadamente, terminando así una vida que estuvo siempre rodeada de los mayores peligros.





## MI AGRADECIMIENTO

A todos los que conmigo han colaborado en las páginas de *SANTANDER FIN DE SIGLO* aportando materiales para esta obra montañesa, mi mayor agradecimiento, ya que si hay en ella capítulos en los que solamente mi memoria me ha sacado de apuros, en otros, ha sido precisa la colaboración de personas de condición bien distinta unas de otras, pero todas rivalizando en entusiasmo, figurando entre ellas don Félix Estrada Caloyra, cronista de la Coruña, que ha colaborado directamente en uno de los capítulos, así como don Manuel Lledias, pintor montañés que se encontraba en Galicia.

Lo mismo diré de la parte musical para la que don Sixto Córdova y Oña ha proporcionado la música de las canciones de «Pulga», tomada de su notable «Cancionero Montañés».

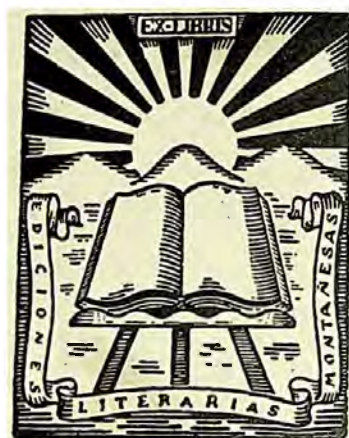
Un grupo de músicos formado por don Teodoro Sánchez, organista de la S. I. C., don Pedro Fernández, don Cándido Alegría y el copista don Enrique Tardío, han conseguido reconstituir partes de «Los Vulcanos», «Los Zapateros» y «Don Adolfito», trayéndonos así, y con las noticias aportadas por don Remigio Garmendia, música santanderina desaparecida ya, de la que apenas había quedado otro rastro más que la buena retentiva y el envidiable oído de don Pedro Fernández. Claro es que puede tener ello algún «bache», pero esto hay que dispensarlo; no ha sido poco dar vida a lo que había desaparecido. Aún hemos llegado a tiempo para no perderlo todo.

Al excelente dibujante y buen amigo don Eugenio Cortiguera, no sólo mi agradecimiento por el realce que sus dibujos dan a SANTANDER FIN DE SIGLO, sino, además, por la acertada interpretación de mi pensamiento y por habernos presentado gentes y cosas que hace años dejaron de existir.

## ÍNDICE

Prólogo . . . . .	5
Las «cestas» . . . . .	13
Los «Corconeras» . . . . .	25
Los autores de «Palos en Seco». . . . .	41
«Los Zapateros». . . . .	53
«Los Vulcanos» . . . . .	65
Equitación . . . . .	77
Los bancos de «Los amigos de los pobres». . . . .	87
La plaza de la leña. . . . .	97
Por aquellos barrios . . . . .	109
La banda de Ingenieros.	
I.—Primeras actuaciones. . . . .	121
II.—Las veladas de la plazuela . . . . .	131
III.—Un concierto inolvidable . . . . .	139
«Ya verás cómo te diviertes esta noche!» . . . . .	149
Manuel García . . . . .	157
«Pulga» . . . . .	163
«Don Adolfito» . . . . .	185
«Rigoletto» . . . . .	209
Mi agradecimiento. . . . .	225





**Precio: 5 pesetas**